

HACER UNA HISTORIA DE VIDA: DECISIONES CLAVE DURANTE EL PROCESO DE INVESTIGACIÓN

CONSTRUCTING A LIFE HISTORY: KEY DECISIONS IN THE RESEARCH PROCESS

Javier Ernesto Bassi Follari

Universidad de Chile; Universidad Nacional Andrés Bello;
javier.e.bassi@gmail.com

Historia editorial

Recibido: 02-02-2014

Aceptado: 13-06-2014

Palabras clave

Historia de vida

Relato

Método biográfico

Enfoque narrativo

Resumen

En este trabajo presento una serie de aspectos del método biográfico —o método de las historias de vida— que suelen surgir durante procesos de investigación y acerca de los cuales los/as investigadores/as deben poder tomar decisiones fundadas. Me detengo en distinciones terminológicas, diferencias con áreas fronterizas —como el enfoque narrativo o la literatura— y en la relevancia del método para la ciencia social. Analizo el «problema» de la objetividad y de la representatividad y la disyuntiva entre (sólo) presentar o analizar el material generado. Comento algunos criterios para la elección de un/a «buen/a» informante, las estrategias de producción y análisis de la información y la cuestión de la (des)confianza en los relatos de informantes e investigadores/as. Mi objetivo es plantear —no resolver— estas cuestiones, con el fin de que sean tenidas en cuenta en la toma de decisiones durante los procesos de composición de una historia de vida.

Abstract

On this paper I present a series of dimensions of the biographical method of research that usually arise in the course of social research processes and in regard to which researchers must be able to take informed decisions. I analyse definitions issues, differences between the method and related areas —such as the narrative method of inquiry and literature— and the relevance of this method for the social sciences. I focus on the “problems” of objectivity and representativity and the dilemma of only presenting or also analysing the information generated. I comment on some criteria to choose “good” informants, production and analysis techniques and the issue of trust in regard to the stories told by informants and also by researchers themselves. My goal is to present —not to close— these issues, so they can be taken into account to take informed decisions during the process of constructing a life history.

Keywords

Life History

Life Story

Biographical Method

Narrative Method

Bassi Follari, Javier Ernesto (2014). Hacer una historia de vida: decisiones clave durante el proceso de investigación. *Athenea Digital*, 14(3), 129-170. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenea.1315>

Introducción

El método biográfico —también conocido como el método de las historias de vida— se ha consolidado, en el contexto de las ciencias sociales iberoamericanas, como una alternativa metodológica académicamente legítima, si bien comparativamente poco utilizada. En este sentido, existen, en castellano, textos destacados que abordan sus aspectos epistemológicos, ético-políticos, históricos, teóricos y metodológico-técnicos.

Por ello, en este trabajo me propongo tomar un camino diferente: mirar el método con ojos de investigador/a y con un objetivo prioritario: presentar y analizar críticamente ciertas disyuntivas que emergen al realizar una historia de vida, que pueden re-

sultar complejas de abordar y respecto de las cuales, entiendo, un/a investigador/a debe poder tomar decisiones fundadas. Se trata de *disyuntivas clave* que provienen de la forma que el método ha tomado en su recorrido histórico, pero también de ciertas condiciones contextuales en las que los procesos de investigación se desarrollan.

Me propongo aquí, a partir de mi experiencia en la utilización del método —mi tesis de doctorado fue una historia de vida—, de mis lecturas posteriores y de los procesos de tesis que he guiado, abordar dichas *disyuntivas clave*, no para zanjarlas (¿es eso posible y/o deseable?), sino para servir de orientación a investigadores/as, facilitar la toma de dichas «decisiones fundadas» y, más importantemente, contribuir a la difusión y uso del método.

El método biográfico: la imposibilidad de separar teoría e historia

A continuación, me detendré sobre algunos aspectos básicos vinculados al método, para luego, en el apartado titulado *Disyuntivas teórico-metodológicas clave*, adentrarme en el análisis de las «disyuntivas clave» a las que he aludido.

¿Qué es el método biográfico?

Lo primero que podría decirse es que no es el único. En efecto, el método biográfico es *una* de las opciones cualitativas que los/as investigadores/as tienen a su disposición.

Para presentar esta cuestión, creo que resulta útil distinguir entre *metodologías*, *métodos* y *técnicas*. Sugiero preservar el término *metodología* para las diferentes alternativas a la (obsoleta) distinción cualitativo/cuantitativo (Bassi, 2014a). Así, habrá tres tipos de metodologías —las cualitativas, las cuantitativas y las mixtas—, que se diferencian por su modo de comprender y abordar la realidad social (para un detalle, ver Bassi, 2014a).

Método puede utilizarse así para denominar las diversas estrategias que, dentro de cada metodología, existen (o habrán de existir). Dentro de las opciones cualitativas: análisis del discurso, teoría del actor-red, enfoque narrativo, método etnográfico, investigación-acción participativa, sistematización de experiencias, método documental, teoría fundamentada, etc.

Finalmente, las *técnicas* son herramientas de mayor grado de especificidad, que se insertan (de forma coherente) en métodos. Pueden dividirse en técnicas de recogida o construcción de información (la primera opción para quienes creen que la información

«se recoge» o «se halla» y la segunda para quienes creen que «se construye») y en técnicas de análisis. Entre las de recogida/construcción, la encuesta (de ítems cerrados, abiertos o mixto), el test, el grupo de discusión, el grupo focal, la observación y la entrevista (ambas en sus diversas modalidades). Entre las técnicas de análisis (el gran agujero negro del discurso metodológico), encontramos algunas más o menos formalizadas: la detección de recursos de factualización (Potter, 1996/2006), la construcción discursiva de actores/actrices sociales (van Leeuwen, 1996), el análisis de los repertorios interpretativos (Wetherell y Potter, 1996), el análisis de contenido en sus diversas versiones, el análisis narrativo (Johnstone, 2001; Kohler Riessman, 1993), etc. Frecuentemente también encontramos estrategias poco precisas —¿e imprecisables?— como las utilizadas para dar sentido al registro de una observación etnográfica o, en lo que aquí importa, para analizar la información generada a través de entrevistas y presente en documentos personales y que se utiliza para componer una historia de vida.

Volviendo a los métodos disponibles en la actualidad y respecto de ellos, el método biográfico *parece* distinguirse claramente. A excepción del enfoque narrativo (con el que guarda, como ser verás, ciertas similitudes), ninguno *aparenta* confundirse con él. Claro, esos parecidos y apariencias se disuelven cuando se intenta una definición: en ese momento, los límites claros empiezan a difuminarse. Veamos.

Como es habitual en otras áreas de las ciencias sociales, resulta muy complejo construir un fresco integrado y consistente (o con un sentido discernible y racional) de la historia y la actualidad del método biográfico. Para ejemplificar esta dificultad, baste mencionar un par de inexactitudes que contiene ya esta primera parte del texto: el «método biográfico» (Pujadas, 1999/2002, p. 13) es un término relativamente moderno y resulta útil en tanto permite englobar bajo un mismo rótulo intentos muy dispares a nivel teórico y metodológico, además de alejados geográfica y temporalmente; y, por ello, muy poco sumisos a un intento inclusivo de este tipo. No sólo que muchos/as autores/as no coincidirían en llamar «método biográfico» a ese conjunto de tradiciones, además el término ni siquiera existía en la segunda mitad del siglo XIX, cuando algunos/as estadounidenses se abocaban a retratar, bajo una luz benévola y mediante coloridas biografías de diversos jefes indígenas, a quienes acaban de conquistar y sojuzgar.

Primera inexactitud, entonces: ¿puede hablarse de «método biográfico» aún antes de un método biográfico establecido como tal? ¿Componían aquellos/as *retratistas sociales*, «historias de vida», aun sin saberlo, aun diciendo que hacían otra cosa, aun antes de que alguien inventara el término?

Segunda inexactitud: no es hasta bien avanzado el siglo XX que se asocia al método biográfico dimensiones epistemológicas, es decir, que se lo empieza a considerar

como algo más que una técnica novedosa. ¿Puede, en este sentido, hablarse, en los días dorados de la Escuela de Chicago (1900-1920), de un «método biográfico» como algo más que una técnica?

En definitiva, como en el caso del pasado que nos cuenta *la Historia* y de la «realidad» que «reflejan» las historias de vida, las vicisitudes históricas de un enfoque tan poliédrico como el (que me empeño en llamar) «método biográfico», no pueden ser reducidas a un relato simple y consistente. Sería ése un relato más propio de la (re)construcción, mitológica y *a posteriori*, de un pasado ordenado y sin aristas por limar, un relato como el de los/as «fundadores/as» *à la* Wundt y su laboratorio seminal (Danziger, 1979; Harris, 1999). Pero, en el caso del método biográfico, existen demasiadas discontinuidades, divorcios, separaciones, diferencias, distancias (físicas también, no sólo teóricas), ignorancias mutuas, desfases temporales y objetivos dispares como para poder construir un relato pleno de sentido. Como siempre, contar *la Historia* de una disciplina o de un área de conocimiento, supone torcer *las historias* para que se alineen y no desentonen en la foto de familia.

Hecha la advertencia, creo que puede esbozarse un esqueleto tentativo de las diferentes disciplinas que se han acercado al método biográfico, de sus antecedentes, sus intenciones, su evolución y de sus relaciones con otras áreas de las ciencias sociales, tanto a nivel estadounidense y europeo, pero también iberoamericano.

En primer lugar, un tema habitualmente espinoso en ciencias sociales: *las definiciones*. A fines de este escrito, usaré el término *método biográfico* para referirme a una serie de tradiciones, tanto académicas como no académicas, que utiliza o ha utilizado «todo tipo de fuentes que aportan información de tipo personal y que sirven para documentar una vida, un acontecimiento o una situación social», haciendo «inteligible el lado personal y recóndito de la vida, de la experiencia, del conocimiento». Así, «en él tienen cabida *todos* los enfoques y vías de investigación cuya principal fuente de datos se extrae de biografías, material personal o fuentes orales (...)» (Bolívar y Domingo, 2006, p. 4, las cursivas son mías). La definición es reconocidamente amplia y difusa a fin de, más que nada, distinguir esta (dispersa) tradición del *ethos* metodológico derivado del positivismo: la encuesta, el laboratorio, la cuantificación y el análisis estadístico. Baste aquí, en palabras de Wittgenstein, un «aire de familia».

Esta (literal) *indefinición* puede entenderse más fácilmente (y dejar de ser fuente de preocupación) si, como hacen Kenneth Gergen (1973), Gary Collier, Henry Minton y Graham Reynolds (1991/1996) y, por otra parte, Alicia Garrido y José Luis Álvaro (2007) respecto de la psicología social, se concibe a las ciencias sociales *como una producción histórica contingente*. Así, no sólo no es probable *sino tampoco deseable* una de-

finición clara y estable de una disciplina social: los límites difusos y cambiantes (y la crónica «indefinición» de dichas áreas de producción de conocimiento) derivan de su carácter histórico y son, por tanto, *consustanciales a ellas*. Desde este punto de vista, una aparentemente mala definición —por tautológica— puede convertirse en la definición más honesta y precisa de un campo de estudio. Veamos un ejemplo. Dicen Chester Insko y John Schopler (1972, en Collier, Minton y Reynolds, 1991/1996, p. 35) de la psicología social: es «aquella disciplina que los que se llaman a sí mismos psicólogos sociales están interesados en estudiar» (!). Definición que, sin decir nada, dice en buena medida todo lo que es posible decir.

En definitiva, podríamos decir que una disciplina social —y en lo que aquí es pertinente, un método— *son su historia* y no existen al margen de ella, por lo que la dificultad en hallar definiciones únicas y estables no sólo se explica sino que también pierde su carácter negativo (como *defecto*). Por lo demás, es ésta una postura —historicista— plenamente coherente con una visión antirrepresentacionista del conocimiento en general (Rorty, 1972; 1979/2001) y de la ciencia en particular (Bloor, 1976/2003; Latour, 1987/1992; Latour y Woolgar, 1979; Woolgar, 1988/1991). En tanto la ciencia es una práctica social convencional y sin particulares privilegios epistemológicos (o una «actividad humana» en la terminología de Peter Berger y Thomas Luckmann, 1967/2008), no es de sorprender que sea tan variable como cualquier otra área del funcionamiento social.

Desde esta perspectiva, la historia asume un rol vital: en un sentido fuerte, el método biográfico, como he dicho antes de las ciencias sociales, *es su historia*. Es por ello que recomiendo a los/as lectores/as interesados/as la lectura de las obras que, en castellano y sistemáticamente, se han ocupado del asunto, particularmente, los textos de Jorge Aceves Lozano (1993), Jorge Balán (1974), Antonio Bolívar y Jesús Domingo (2006), José Miguel Marinas y Cristina Santamarina (1993) y José Pujadas (1999/2002). Estos textos repasan el recorrido histórico del método (un recorrido «a tres bandas»: Estados Unidos, Europa y Latinoamérica), reseñando sus autores/as clave y obras señeras, además de, claro, sus aspectos epistemológicos, teóricos y metodológicos esenciales.

Disyuntivas teórico-metodológicas clave

Una vez hechas estas primeras advertencias acerca de las dificultades para una delimitación simple del método (dificultades derivadas, como he dicho, de su carácter histórico en tanto disciplina social), resulta más fácil adentrarse en los aspectos teóricos y metodológicos y comprender su lógica. En lo que aquí importa, haré énfasis en lo que

de ellos se extrae para la utilización del método en investigaciones concretas y, sobre todo, para la toma de las «decisiones fundadas» a las que he aludido al inicio de este texto.

Precisiones terminológicas

Partiré de la dificultad para definir el método biográfico, más fácilmente comprensible, como he dicho, si se atiende a su carácter histórico: «El carácter multifacético de esta metodología y las diversas tradiciones en las que se sustenta han dado lugar a una multiplicidad terminológica» (Bolívar y Domingo, 2006, p. 5). Así, hasta el momento, he utilizado el término «método biográfico» para englobar genéricamente a expresiones tan diversas como la biografía, la autobiografía (formas, ambas, cercanas a la literatura), el relato biográfico o la historia de vida.

A pesar de ello, en el marco de las ciencias sociales se suele seguir la distinción hecha por Denzin que reserva el término «relato biográfico» (*life story*) para la «narración biográfica de un sujeto» o «para una historia de vida tal como la persona que la ha vivido la cuenta» e «historia de vida» (*life history*) para «el estudio de caso referido a una persona» y que incluye su «relato biográfico» así como también «otro tipo de información o documentación adicional» (en Pujadas, 1999/2002, p. 13).

Así, el *relato*, en una investigación concreta, estaría constituido por las grabaciones de audio obtenidas por un/a investigador/a durante un proceso de entrevistas a un/a informante, por un texto escrito por este/a último/a y, menos habitualmente, por autograbaciones. En todos los casos, dichos registros existen en virtud *de que un/a investigador/a los ha solicitado* (es por ello, dicho sea de paso, que a la persona o personas objeto de investigación se la/s llama «informante/s»). Las transcripciones (en el caso de entrevistas) o un texto escrito «retocado» por el/la investigador/a no serían, en sentido estricto, relatos, toda vez que son resultado de algún grado de proceso analítico.

Esto último contradice la (muy difundida) concepción de la transcripción como un proceso transparente y apromblemático de *conversión* de audio (lenguaje hablado) a texto (lenguaje escrito). Desde mi punto de vista, una transcripción implica la toma de una serie de decisiones (algunas no menores, como qué información no verbal o paraverbal se considera relevante transcribir) (Bucholtz, 2000) y, por tanto, puede tomar diversas formas, *aun a partir del mismo material de audio*, dependiendo de qué investigador/a la realice y cuáles sean sus intereses. Así, la transcripción *es un proceso de construcción de información* en la misma medida que cualquier otro momento de una investigación dada.

En este sentido, debería concebirse la transcripción del mismo modo en que algunos/as autores/as conciben la traducción: como una (re)creación de un texto a partir de otro, más que de su *traspaso* o *reflejo* en una lengua diferente (Eco, 2003/2008; Grossman, 2009/2011; Ortega y Gasset, 1937; Ricoeur, 2004/2009). Algo similar ocurre con los textos escritos por los/las informantes: lo habitual es que los/as investigadores/as los modifiquen (por ejemplo, para ordenarlos cronológicamente, corregir ortografía o eliminar redundancias), no constituyendo ya —si seguimos fielmente la definición— un relato «puro».

Otro término relevante dentro del modelo es el de «documentos personales»: «cualquier tipo de registro *no motivado o incentivado por el investigador (...)* que posea un valor afectivo y/o simbólico para el sujeto analizado» (las cursivas son mías) y que incluiría «diarios personales, correspondencia, fotografías, películas, objetos personales» (Bolívar y Domingo, 2006, p. 6). El ejemplo paradigmático de su valor y uso sigue siendo *El campesino polaco en América y en Estados Unidos*, de William Thomas y Florian Znaniecki (obra originalmente publicada entre 1918 y 1927 y editada en castellano en 2006) que los consideraron la «clase perfecta de material sociológico» (en Bolívar y Domingo, 2006, p. 6).

Por otra parte, la forma —es decir, qué puede incluirse como documento personal para enriquecer una historia de vida— es virtualmente infinita y en buena medida dependiente de las necesidades, creatividad y posibilidades concretas de los/as investigadores/as. En la actualidad, si bien es poco probable, en algunos casos, contar con, por ejemplo, cartas o fotografías en papel, sí es esperable que pueda accederse a correos electrónicos, fotos en archivos digitales y toda la gama de registros derivados del uso por parte del/de la informante de las redes sociales e internet en un sentido general. Esto, claro, además de documentos de más larga historia y de uso convencional en ciencias sociales: registros oficiales de diverso tipo (como partidas de nacimiento), legajos educacionales o laborales, etc. De este modo, más que estarse reduciendo la cantidad y el tipo de documentos secundarios, como quizás podría pensarse, lo que sucede es que están, en tanto expresión de una *forma de vida, cambiando*.

Así, una historia de vida será, como mínimo, un trabajo analítico a partir de un relato biográfico —escrito o verbal— obtenido a pedido de un/a investigador/a y que puede —y suele— incluir documentos personales como fuentes de información complementarias.

Relevancia del método biográfico para la ciencia social (o por qué tomarse el trabajo de hacer una historia de vida)

Se asocian al método biográfico una serie de ventajas (Pujadas, 1999/2002, pp. 44-45): riqueza y profundidad de la información, posibilidad de generar hipótesis teóricas (en el mismo sentido que el postulado por la teoría fundamentada), facilidad para evaluar *in vivo* todas las variables que determinan el comportamiento del individuo, equiparación y rebasamiento de todas las informaciones que pudieran obtenerse por otras técnicas más conservadoras, posibilidad de representatividad a través de las biografías cruzadas (como en el clásico de Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez*, 1961/2012) o a través de la estrategia de saturación teórica (en la que me detendré más adelante), contraste de resultados obtenidos por otros métodos e ilustración vívida de un caso. De las ventajas mencionadas quiero detenerme en dos: la «riqueza y profundidad de la información» y la «posibilidad de generar hipótesis teóricas».

La primera ventaja se inscribe en una más general, tradicionalmente asociada a las metodologías cualitativas: en tanto los/as informantes no son constreñidos/as a responder en unos términos limitados y predefinidos (como lo harían en una encuesta de ítems cerrados), la información derivada es consecuentemente más detallada, rica y «libre» (en el sentido de más abiertamente configurada por el/la informante). En efecto, dado que el núcleo duro de una historia de vida está constituido por un largo y minucioso relato *en primera persona* de alguien acerca *de su propia vida*, es esperable que el emergente esté más directamente ligado a la vivencia según el/la informante la articula y comunica. También es más probable que dicho emergente contenga más detalles y matices, es decir, sea más profundo, al tiempo que más amplio temáticamente.

Así, una primera razón para hacer una historia de vida sería poder acceder a un tipo de información que improbablemente podría ser producida mediante metodologías más estructuradas y que supongan una relación más superficial entre investigador/a e informante.

La segunda ventaja —«generar hipótesis teóricas»— está directamente vinculada a dos cuestiones centrales para el método biográfico: su *relevancia para la ciencia social* y la cuestión de la *representatividad*. Dos cuestiones, a su vez, vinculadas entre sí, *pero que no son exactamente lo mismo*. Trataré la primera a continuación y la segunda más adelante (ver subapartado *La cuestión de la representatividad*).

Dice Jean Paul Sartre (citado en Marinas y Santamarina, 1993, p. 123):

Un hombre no es nunca un individuo; un término mejor sería el de un *universal singular*; al haber sido totalizado, y por tanto universalizado, por su

época, la retotaliza al reproducirse a sí mismo dentro de ella como una singularidad. Al ser al mismo tiempo universal a través de la universalidad singular de la historia humana, y singular a través de la singularidad universal de su proyecto, necesita ser estudiado desde ambas perspectivas simultáneamente. Y esto exige un método apropiado.

Estas consideraciones aluden a lo que Sartre llama más adelante «el problema de las mediaciones» (citado en Marinas y Santamarina, 1993, p. 124), es decir, las estructuras o procesos que operan como interfases entre lo individual y lo social. Un aspecto clave para el método biográfico, en tanto en aquéllas reside la posibilidad misma de su relevancia para la ciencia social y su valor en tanto algo más que lo meramente testimonial. Nos dice Pujadas (1999/2002, p. 11): «El problema de las mediaciones se convierte, pues, en un tema crucial para trascender la hermenéutica subjetivista que define a la aproximación biográfica.»

Daniel Bertaux e Isabelle Bertaux-Wiame abundan en esta idea:

Si los relatos de vida (y, claro está, las autobiografías), nos interesan, no es porque sean historias personales (con las que no tenemos nada que hacer), sino porque estas historias “personales” *no son sino el pretexto para describir un universo social desconocido* (Bertaux y Bertaux-Wiame, 1993, p. 167, las cursivas son mías).

Y agregan:

A través de los ojos del narrador, no es a él a quien queremos mirar, *sino al mundo*; o, con más precisión, *a su mundo* [así] al representar las historias de la vida individual, el método biográfico pretende acceder a la realidad de la vida de los agregados sociales (estratos, clases, culturas, etc.) (Bertaux y Bertaux-Wiame, 1993, p. 167, las cursivas son mías).

Dicho de otro modo, estos autores proponen una metodología que beba tanto de la tradición *nomotética* como de la *ideográfica*, de modo que la última provea de «cuerpo y sangre» a la primera. ¿En qué sentido? Los/as investigadores/as se proponen, en la mayoría de los casos, describir una parcela de la sociedad (o unos procesos) *a través* de las historias de vida presentadas. Es decir, el objetivo es indagar en el caso estudiado *en tanto representante de un problema más amplio*, o como manifestación individual de fenómenos más generales: así, se pretende describir y comprender *la adicción a las drogas, la criminalidad, la pobreza, la inmigración* y no (sólo) a un/a adicto/a, a un/a criminal, a un/a pobre, a un/a inmigrante. De allí, justamente, emerge el valor del método biográfico para la ciencia social, *de su ubicación en un espacio paradigmáticamente psicosocial*, es decir, fronterizo entre el espacio individual y la estructura social.

Desde un punto de vista teórico es útil comprender lo dicho hasta aquí acudiendo a un concepto clásico: el de «problemas públicos de la estructura social» de Charles Wright Mills. El autor, en su obra *La imaginación sociológica* (1959/2003, p. 27) propone distinguir entre «inquietudes» y «problemas de la estructura social». Dice el autor (cursivas en el original):

La distinción más fructuosa con que opera la imaginación sociológica es quizás la que hace entre «las inquietudes personales del medio» y los «problemas de la estructura social». Esta distinción es un instrumento esencial de la imaginación sociológica y una característica de toda obra clásica en ciencia social.

Se presentan *inquietudes* en el carácter de un individuo y en el ámbito de sus relaciones inmediatas con otros; tienen relación con su yo y con las áreas limitadas de vida social que conoce directa y personalmente. En consecuencia, el enunciado y la resolución de esas inquietudes corresponde propiamente al individuo como entidad biográfica y dentro del ámbito de su ambiente inmediato: el ámbito social directamente abierto a su experiencia y, en cierto grado, a su actividad deliberada. Una inquietud es un asunto privado: los valores amados de un individuo le parecen a éste que están amenazados.

Los problemas se relacionan con materias que trascienden del ambiente local del individuo y del ámbito de su vida interior. Tienen que ver con la organización de muchos ambientes dentro de las instituciones de una sociedad histórica en su conjunto, con las maneras en que diferentes medios se imbrican e interpenetran para formar la estructura más amplia de la vida social e histórica. Un problema es un asunto público: se advierte que está amenazado un valor amado por la gente.

Wright Mills provee varios ejemplos (p. 28 y ss.). Revisemos uno particularmente claro (p. 29):

Veamos el matrimonio. En el matrimonio el hombre y la mujer pueden experimentar inquietudes personales, pero cuando la proporción de divorcios durante cuatro primeros años de matrimonio es de 250 por cada 1000, esto es prueba de un problema estructural que tiene que ver con las instituciones del matrimonio y de la familia y con otros relacionados con ellas.

Es evidente que, desde este punto de vista, una historia de vida se vuelve relevante *si aborda un* «problema de la estructura social» *y no solamente una* «inquietud» (con todo lo acuciante que ésta pueda ser para una persona particular). Así, puede pensarse una historia de vida como un «pretexto» para investigar «otras cosa»: *en esa posibilidad reside, justamente, la relevancia del método biográfico para la ciencia social.*

Desde un punto de vista metodológico, y para cerrar este punto, el requerimiento de abordar un «problema de la estructura social» en los términos que propone Wright Mills tiene importantes implicaciones. Por un lado, que —si se está de acuerdo con la distinción del autor y su rol en las ciencias sociales— no resulta relevante hacer la historia de vida *de cualquier persona* (con todo lo «interesante» que ésta pueda ser). En una investigación concreta (habitualmente en su proyecto y más específicamente y en el apartado *fundamentación, contextualización o formulación del problema*), debe poder mostrarse en qué sentido la historia de vida que se pretende componer *ilustra, representa o se vincula* a un «problema de la estructura social». Es decir, la vida en cuestión (al menos algunas de sus aristas) *debe aludir a algo diferente de sí misma*.

En definitiva, la historia de vida debe poder comprenderse y presentarse *en términos teóricos*, es decir, debe poder ser «leída» a partir de un cierto punto de vista teórico o de cierta teoría específica. De ahí aquella «ventaja» del método biográfico a la que aludí —«generar hipótesis teóricas»—, aunque yo preferiría decir que, más que una «ventaja», se trata de un «requisito»: que la historia de vida pueda ser comprendida desde una teoría o puesta en sus términos. De ese modo, podrá sacarse la historia de vida del espacio de la anécdota colorida y se la hará «hablar» a la ciencia social en el idioma que entiende: *la teoría*. Del éxito de esa maniobra, entiendo, depende el éxito de una historia de vida en tanto algo más que una buena historia y la posibilidad de legitimarse dentro de una ciencia social que, en general, pide más que anécdotas: pide regularidades, generalidades y, puestos/as a pedir, ¡pide incluso leyes!

Para terminar, diré que considero difícil poder justificar —sobre todo en entornos académicos teórica y metodológicamente conservadores— una historia de vida que no cumpla este «requisito». Requisito que alude a la cuestión de los límites: en qué medida una historia de vida puede considerarse «dentro» de la academia (de «este lado» del criterio de demarcación) y no fuera de ella, por ejemplo, en la literatura. Volveré a esto luego.

La objetividad: ese «problema»

Antonio Bolívar y Jesús Domingo (2006, p. 23) hacen referencia a un aspecto espinoso del método biográfico: la (intensa) relación del investigador con la persona investigada y los «sesgos» que ello podría suponer. Evidentemente, los efectos que una relación duradera y cercana entre investigador/a e informante pueden tener sobre la marcha —y por tanto sobre los «hallazgos»— de un proceso de investigación no son menores y no deberían ser tomados livianamente. De hecho, la cuestión de la neutralidad o implicación del/de la investigador/a ha sido objeto de debate respecto de las metodologías cualitativas en general, particularmente aquéllas en que la relación investigadores/as-

informante/es es más cercana e intensa, como la etnografía o la investigación-acción participativa.

Como fuere y centrándome en el método biográfico, este tipo de relación —inevitable y hasta deseable en la composición de una buena historia de vida— deviene problema sólo si se asume un cierto *ethos* de la práctica científica: aquél que considera que el conocimiento «objetivo» es posible y constituye un valor orientador que debe ser resguardado. Y me refiero aquí a la concepción más esencial de «conocimiento objetivo»: aquélla rastreable en su etimología: *objetivo* en tanto «relativo al objeto» (*y a nada más que al objeto*) o, más básicamente, «causado» o «infundido» por el objeto, si se atiende a la derivación de la palabra *objetivo* de la locución latina *obicio* (Muñoz y Valverde, 2000, p. 427). Es, claro, el ideal de conocimiento *como representación*, o lo que se conoce como «concepto aristotélico de verdad» (Klimovsky, 1994/2005, p. 24): aquello que decimos de la cosa —del mundo— debe *adecuarse* o *corresponder* a la cosa *tal cual es* (es decir, a su naturaleza antes de ser conocida). De allí que Aristóteles dijera que, al conocer, actuáramos «como la cera recibe la impresión del anillo» (Muñoz y Valverde, 2000, p. 427), es decir, *no hiciéramos nada en absoluto*.

Es evidente que la posición que sostiene la posibilidad y deseabilidad de la objetividad como norte del conocimiento científico no es la única que se ha propuesto: tras el giro lingüístico (T. Ibáñez, 2006; Rorty, 1967/1990), de hecho, se halla seriamente cuestionada desde muy diversos ángulos: el marxismo y el posmarxismo, el psicoanálisis, el estructuralismo, las orientaciones sistémicas y cognitivistas en psicología, la sociología de la ciencia en sus diferentes versiones, el/los feminismo/s y los enfoques de género, etc. Lo importante aquí es que la objetividad —y, por tanto, el «implicarse» con el «objeto de estudio»— deviene problema para el método biográfico —y para la práctica científica en general— sólo si se comulga con el *ethos* en que se inscribe su posibilidad y deseabilidad. Si no, el problema «se disuelve», como quería «el primer» Wittgenstein, y se convierte, como de hecho pasa, en potencialidad y hasta en condición: es, *justamente*, esa relación cercana, de confianza, sostenida y casi íntima la que permite el tipo de información profunda y detallada a la que me referí antes y que requiere una buena historia de vida.

Por mi parte y en la línea de lo que he escrito en otra parte (Bassi, 2014a), considero que la disyuntiva no es —como suele proclamarse— entre los «paradigmas» cuantitativo o cualitativo: es ésa, entiendo, una disyuntiva manida y anquilosada, reproducida acríticamente en las prácticas de docencia e investigación, pero, en buena medida, ya insostenible e improductiva en sus actuales términos. Entiendo que lo crucial aquí es *de carácter epistemológico* (y, consecuentemente, ético-político): optar por una posición *representacionista* o *antirrepresentacionista* del conocimiento como punto de apoyo

para las ciencias sociales. (No se puede optar por las dos, «al mismo tiempo y bajo las mismas condiciones», si se cree en el principio de no contradicción.) En este sentido, considero que la idea de objetividad —junto a otras, como la de que es posible un conocimiento no contingente y generalizable— se inserta en y depende de una mirada representacionista del conocimiento en general y de la ciencia social en particular. Por tanto, su peso —o su «carácter problemático»— depende de la discusión más general entre perspectivas epistemológicas (Bassi, 2014a; Páramo y Otálvaro, 2007, p. 13; y ss.).

¿Y cómo podría dicha discusión resolverse? Entiendo que *no puede*. Como toda concepción global de la realidad (llámesela paradigma, cosmovisión, ideología, epistemología, principio rector, conjunto de supuestos, etc.), estas posiciones no pueden demostrar su superioridad en términos epistemológicos (ser más «verdadera» o más «objetiva» que la otra) sin acudir a algo distinto de sí mismas: no pueden, en palabras de Steve Woolgar (1988/1991, p. 8), asignarse ningún «atributo epistemológico especial». No pueden, en otros términos, acudir a «un/a juez/a imparcial», ajeno —externo— a las concepciones mismas. Un requisito —escapar de sí mismas y hablar desde un no lugar epistemológico y sociopolítico— que, ninguna está en disposición de cumplir, toda vez que les está vedado acudir a lo que Rorty (1979/2001) llamó el «punto de vista de Dios»: una «segunda vía», por fuera de lo humano, que pueda zanjar las disputas, decidiendo cuál de las versiones «representa adecuadamente» el estado de cosas «real» (el famoso aunque elusivo nómeno kantiano).

En este sentido, Bloor, al proponer su *Programa fuerte de sociología de la ciencia* acepta la imposibilidad de mostrar «desde fuera» de los supuestos del programa mismo que la alternativa que él combate —que llama sociología «teleológica»— es inferior en algún sentido epistemológico esencial. Dice Bloor (1976/2003, p. 44, las cursivas son mías):

Los modelos causales y teleológicos representan, por tanto, alternativas programáticas que se excluyen entre sí. En realidad, se trata de posiciones metafísicas opuestas. Podría parecer que es necesario decidir desde ahora cuál es la verdadera. ¿Acaso la sociología del conocimiento no depende de que la posición teleológica sea falsa? ¿No habría entonces que dejar esto zanjado antes de que el programa fuerte se atreva a actuar? La respuesta es «no». Es más sensato ver las cosas dando un rodeo. Es poco probable que puedan aducirse «a priori» razones decisivas e independientes que prueben la verdad o falsedad de tales alternativas «metafísicas». En caso de que se propongan objeciones y argumentos contra una de las dos teorías se verá que dependen de —y que presuponen— la otra, de modo que se cae en un círculo vicioso. Todo lo que se puede hacer es verificar la consistencia interna de las diferentes teorías y luego *ver qué sucede cuando la investigación y la teorización prácticas se*

basan en ellas. Si es posible decidir su verdad, sólo se podrá hacer después de que se hayan adoptado y usado, no antes. Así la sociología del conocimiento no está obligada a eliminar una posición rival; sólo tiene que tomar distancias, rechazarla y asegurarse de que su propia «casa» está en orden (lógico).

La propuesta de Bloor es claramente antirrepresentacionista y particularmente pragmatista, es decir, considera como factor decisor entre epistemologías contrarias, no su adecuación a un mundo anterior e independiente de ellas, *sino sus efectos*.

En este mismo sentido, dice Carlos Pérez Soto (1998/2008, p. 215, las segundas cursivas son mías):

Ninguna ideología puede *demostrar* que otra ideología es falsa. Lo que se puede hacer es producir un mundo en el que esa ideología carezca de sentido. Un buen ejemplo (...) es que lo que los marxistas tienen que hacer no es demostrar que Dios no existe, lo que los marxistas tienen que hacer *es crear un mundo donde Dios no sea necesario*. La refutación posible no es una refutación teórica, *es un hecho práctico*. (...) Cuando se considera la existencia de Dios como una existencia histórica entonces Dios existe, pero puede dejar de existir.

Es posible, claro, proponer otros criterios —además del pragmático— para decidir entre estas versiones (y así se hace todo el tiempo, según postulara Paul Feyerabend): su novedad, su potencial explicativo, su capacidad de abrir nuevas líneas de investigación o de «remover el avispero» del pensamiento social, su potencia para diseñar líneas de acción alternativas o solucionar problemas, ¡hasta su belleza! según argumentara Pablo Fernández Christlieb (2013). Más honestamente, se podría reconocer que los/as actores/actrices sociales que sostienen las diferentes versiones entran, en el espacio social, en reyertas de poder/saber —en general desiguales y más o menos abiertas— con el fin de imponer su propia versión, es decir, de que ésta sea tomada por Verdadera. Una reyerta que, según la entiendo, se produce en los términos propuestos por Michel Foucault (1971/1992) y por Jean François Lyotard (1984/2004) respecto de la pugna entre la *doxa* (o saber de la vida cotidiana) y el conocimiento científico.

En cualquier caso, criterios, *todos*, discutibles y discutidos. Todos menos uno: aquél que opta entre versiones en base a un mito: el supuesto ajuste, adecuación o correspondencia entre el mundo «tal cual es» y nuestro conocimiento de él. Así, no hay punto de vista arquimedeano (ahistórico o alingüístico) desde el que se pueda decidir entre visiones epistemológicas contrarias: sólo queda, en lo que aquí importa, *optar y justificar la elección* (algo sobre lo que insistiré bastante en este texto).

Mi posición al respecto, como debe ser ya evidente, está en la línea de lo propuesto, en áreas diferentes, por Gadamer, el mencionado Rorty, Jesús Ibáñez y muy hermosamente por Jorge Luis Borges. Gadamer sostiene que «no hay punto de vista fuera de la experiencia del mundo en el lenguaje y de la que el lenguaje podría volverse un objeto» (citado en Bleicher, 1980/1990, p. 116). Jesús Ibáñez, más simplemente, sostiene que «no es posible distinguir las palabras de las cosas» (J. Ibáñez, 1979/2003, p. 33). Finalmente, Borges (1975/1998, p. 18), en su cuento *Ulrica* dice, reduciendo genialmente el antirrepresentacionismo a cinco palabras: «Mi relato será fiel a la realidad o, en todo caso, a mi recuerdo personal de la realidad, *lo cual es lo mismo*» (las cursivas son mías). Desde este punto de vista —que he presentado, siguiendo la estela filosófica del «segundo» Wittgenstein y de Rorty, como *antirrepresentacionista*— la idea de objetividad (y otras asociadas) pierde su justificación y hasta su relevancia.

De hecho, Marinas y Santamarina (1993, pp. 9-10) se refieren a la relación investigadores/as-informantes como un valor del método biográfico en contraste con la *distancia positivista*: «El proceso de investigación social exige la toma de conciencia (...) de la implicación de quien investiga en la tarea de formular la identidad de lo investigado». Franco Ferrarotti (en Marinas y Santamarina, 1993, p. 121) propone una salida ingeniosa y honesta: argumenta que el objeto de estudio no es el/la informante foco de la investigación, *sino la relación entre él/ella y el/la investigador/a*:

El observador está radicalmente implicado en esta búsqueda, que pertenece al campo de objetos de su investigación. Este campo, lejos de ser pasivo, modifica continuamente su comportamiento de acuerdo con el comportamiento del observador. Este proceso de retroalimentación circular convierte cualquier presunción de conocimiento objetivo en algo simplemente ridículo. El conocimiento no tiene al “otro” como objeto suyo; por el contrario, debería tener como su objeto la interacción inextricable y absolutamente recíproca entre el observador y el observado.

De este (simple) modo, Ferrarotti «se libra» del problema de la subjetividad, de la implicación y de los «sesgos» del/de la investigador/a retrayendo la lente y estableciendo *la relación* como el verdadero objeto de investigación. Bertaux y Bertaux-Wiame, por su parte (1993, p. 165), se acercan el tema, aunque desde otro ángulo: «Los relatos de vida (...) no tienen un autor, sino dos: el narrador, pero también el investigador.» Maurizio Catani (en Bertaux y Bertaux-Wiame, 1993, pp. 258-259) va más allá:

La historia de vida es, sobre todo, el producto de un encuentro, es el resultado de una seducción mutua, una historia de amor. (...) Relata la culminación y desenlace de un encuentro entre dos personas que se atraen la una a la otra, desarrollan una mutua confianza y donde cada una de ellas integra la

posición afectiva de la otra en su vida cotidiana. (...) Por eso, el investigador tiene problemas a la hora de realizar su análisis, ya que debe objetivar y traducir a términos científicos lo que es, en primera instancia, un encuentro humanos, donde los límites del «yo» y «él» se funden como en una relación amorosa.

Todo esto alude, en última instancia, a la *dimensión dialógica* de toda investigación (Bajtín, 1979/1998; Sisto, 2008), es decir, al hecho de que se trata de procesos intersubjetivos y situados de construcción, realizados a través de y en el lenguaje. Desde este punto de vista, «los hallazgos» de una investigación —en este caso, la historia de vida en tanto informe de investigación— no puede entenderse al margen de sus condiciones contingentes de producción —rol del/de la investigador/a incluido— que son las que, literalmente, producen esos «hallazgos».

Más radicalmente, entender la investigación desde un punto de vista dialógico supone, entiendo, el fin de la ciencia social según la entendemos y practicamos (Gálvez y Bassi, 2013) en tanto ningún proceso de producción de conocimiento podría extender sus «hallazgos» más allá de sí mismo, contraviniendo de forma importante el *ethos* de la ciencia moderna (e incluso de la que se autodefine como «posmoderna»), como mínimo respecto de la posibilidad de generar un conocimiento «general» (ahistórico) y relativamente estable y duradero.

Independientemente del grado de radicalidad en que se asuman —o no en lo absoluto— estas consideraciones, resulta evidente que un/a investigador/a deberá, como mínimo, reflexionar acerca de ellas y sus consecuencias y, sobre todo, asumir una posición fundada al respecto: ¿es la objetividad una posibilidad y «el norte» en la construcción de una historia de vida? ¿Es la implicación investigador/a-informante un problema o una fortaleza?

En definitiva, ¿es posible reflejar sin mancha, en un texto, la vida de una persona? Si sí, ¿cómo? Si no, ¿qué rol ha de asignarse a informante e investigador/a en la configuración de los resultados? Como se ve, no son preguntas místicas: definen directamente cómo se procederá y cómo habrá de entenderse lo que «se halle».

La cuestión de la representatividad

La exigencia de representatividad suele confundirse con lo que he presentado antes (subapartado *Relevancia del método biográfico para la ciencia social*), sea, la capacidad de poder comprender y presentar una vida *en términos teóricos* y poder así contribuir a la ciencia social con algo más que una historia colorida. Trataré de mostrar que son éstas dos cuestiones diferentes, aunque a menudo se presenten como la misma.

La representatividad *es un criterio metodológico* que alude a la relación entre una «muestra» y un «universo». La idea (y aparentemente, lo ideal) es que la primera represente («hable por») el segundo. Así, según el «discurso metodológico» establecido (Cottet, 2006, p. 185), las personas que efectivamente operan como informantes resultan relevantes si y sólo si «representan» a *unas personas* distintas de sí mismas (nótese que digo «unas personas» y no un «problema de la estructura social»).

Esta exigencia, como es evidente, proviene de una noción muy específica de ciencia social y aplica, como en el caso de la objetividad, *sólo si se está de acuerdo con ella*. El supuesto de base (propio de una noción representacionista de la práctica científica) sería el siguiente: «El propósito último de la ciencia es el establecimiento de leyes universales que permitan explicar y predecir el comportamiento de la naturaleza (y de hombres y mujeres como partes de ella). Por tanto, es necesario diseñar y poner en marcha mecanismos que garanticen que lo que se afirma de unas determinadas personas, contextos, eventos, documentos, etc., se aplica a personas, contextos, eventos, documentos, etc., similares u homologables. Si no, el conocimiento es local e idiosincrático y, por tanto, irrelevante.» De este supuesto proviene, en última instancia, la exigencia de representatividad y, como digo, aplica *sólo si se comulga con él*.

Esto alude, como es evidente, a un debate antiquísimo (y ya anquilosado), que ha tomado muy diversas formas y que apenas puedo presentar en detalle aquí (aunque he insinuado sus principales aristas antes): comprensión/explicación, representacionismo/antirrepresentacionismo, positivismo/positivismo/antipositivismo, cuantitativo/cualitativo, etc. Lo importante, en todo caso, es que se trata de una *exigencia discutible* (un punto en debate) en la medida que son discutibles los principios en que se apoya.

Así las cosas, lo que puede hacerse en este debate, como en otros, *es tomar y justificar una posición*. En el caso de las historias de vida habrá que mostrar en qué medida la generalización no es exigible o deseable (y, quizás, tampoco posible). Entiendo que hay al menos cuatro líneas de respuesta:

- i. Defender, en un sentido esencial (radical), que la generalización en ciencias sociales no es posible, toda vez que sus objetos de estudio son históricos y contingentes y sólo «hablan» de sí mismos;
- ii. argumentar que es la *comprensión* y no la generalización la meta de la ciencia social;

- iii. sostener que un estudio intensivo y laborioso como el que supone componer una historia de vida es pragmáticamente incompatible con la generalización; y, finalmente,
- iv. contraponer la falta de generalización a la profundidad de la información, es decir, ofrecer un «factor compensatorio» que toma la siguiente forma: «Lo sé, mis resultados no son generalizables y son idiosincráticos, pero proveen una información sumamente rica y detallada de una parcela relevante del funcionamiento social.»

Como fuere, y en el caso de que se quiera procurar cierta generalidad del conocimiento en el sentido contenido en la idea de representatividad, hay algunas posibilidades. En primer lugar, evidentemente, pueden tomarse muestras en base a estrategias de muestreo probabilísticas: *no hay obstáculo teórico-metodológico ahí*, si bien, erróneamente, este tipo de muestreo se asocia sólo a modelos cuantitativos. En todo caso, dado el nivel de exigencia que para los/as investigadores/as supone componer *una* historia de vida, considero poco realista proponer esta alternativa.

En una línea similar (aunque de menor pedigrí académico), se halla la «saturación teórica»: Daniel Bertaux e Isabelle Bertaux-Wiame en su conocido trabajo acerca del oficio de los panaderos de París (1980), proponían esta estrategia como forma de eliminar el componente idiosincrático del método biográfico y permitir la generalización: «La saturación es el fenómeno por el que, superado un cierto número de entrevistas (biográficas o no), el investigador o el equipo tienen la impresión de no aprender ya nada nuevo (...)» (Bertaux y Bertaux-Wiame, 1980, p. 156). El matrimonio Bertaux considera que es este concepto el que «fundamenta la validez de la perspectiva biográfica» (p. 156).

Para ello, es importante que «la(s) personas(s) seleccionadas (como informantes) respondan a un perfil característico y representativo del universo socio-cultural que estamos estudiando; esto es, una persona integrada en su propio medio social» (Bertaux y Bertaux-Wiame, 1980, p. 65). En este mismo sentido, a juicio de Thompson (en Marinas y Santamarina, 1993, p. 79), «se necesita urgentemente un puente entre los dos tipos de teoría», es decir, entre «las teorías psicológicas» —encerradas en un *psicologismo deslocalizado*— y las sociológicas —como el marxismo o el funcionalismo— que han acabado en *modelos vacíos y deshumanizados*, que «han minimizado el papel del individuo en la historia».

Creo que Thompson —y probablemente también Bertaux y Bertaux-Wiame— confunden la generalización (que es un criterio cuantitativo *respecto de unidades de información*, en este caso, *personas*) con el de relevancia *en términos teóricos*, contenido en

la idea de «problemas de la estructura social» de Wright Mills. Si se concede que hay allí una diferencia importante, una historia de vida singular —y por tanto «no representativa»— puede bien ser relevante para la ciencia social en los términos de este último autor. De hecho, es éste el caso de la gran mayoría de las historias de vida, incluso de las más conocidas y no veo cómo podría ser de otra forma sin traicionar la voluntad de profundidad y riqueza de información características del método.

En cualquier caso, y como destacué antes, de lo que se trata, en última instancia, es de enfrentar —no negar ni ocultar— el problema y tomar una decisión informada y justificable respecto de algunas preguntas: ¿es posible la generalización en ciencias sociales?, ¿es posible, específicamente, en el marco del método biográfico?, ¿es deseable generalizar?, aún si no se lo hace, ¿puede asignarse algún valor a una historia de vida?

¿Analizar o presentar?

¿Es suficiente (para la ciencia social) construir y dar a conocer una historia de vida? ¿O debería extraerse *algo* de ella? En ese caso, ¿qué?

José Pujadas (1999/2002) sostiene que las historias de vida «de caso único» resultan «poco interesantes» a nivel analítico, ya que los autores parecen creer que la historia *habla por sí misma* y, por tanto, no necesita ser explicada o no deben extraerse conclusiones de ella. A pesar de esto, el autor no considera esto necesariamente como una debilidad:

El débil componente analítico en este tipo de trabajos, que es lógico y justificable, no les priva de interés para la comunidad científica, de la misma forma en que los historiadores, antes de llegar a la fase de síntesis sobre un determinado período precisan de la acumulación de «documentos», de «evidencias», que permitan la labor de análisis e interpretación (p. 72).

Es decir, las historias de vida «pobres» en análisis, o aún carentes de él, serían no obstante importantes... *aunque no en sí mismas*: constituirían *piezas* que permitirán reconstruir unas regularidades, unos procesos más generales de los cuales dichas historias serían los «casos» (algo que, claro, alude a la idea de representatividad que he tratado antes). Bertaux y Bertaux-Wiame (1980, p. 29, las cursivas son mías) coinciden:

Las singulares, las «grandes» historias de vida que han sido publicadas (por Thomas y Znaniecki, Clifford Shaw, Sutherland, Oscar Lewis, Leo W. Simmons, etc.) han hecho análisis completamente irrelevantes. *Son trabajos que se sostienen por sí mismos.*

Y agregan, en consonancia con Pujadas (las cursivas son mías):

Nuestra tarea como intelectuales consiste en conjugar estos elementos de conocimiento que pueden ser encontrados en cualquier lugar (por ejemplo, entre la gente analfabeta más joven de la Ciudad de Méjico, como Oscar Lewis nos enseñó a descubrir), y *construir un retrato del conjunto de estos movimientos*. Éste es el verdadero significado del estadio llamado «análisis» —que pide, a su vez, otro siguiente estadio, la síntesis—.

Nicole Gagnon y Ferrarotti, en ese mismo volumen, expresan una crítica similar hacia el atomismo idiosincrático de las historias de vida que «hablan por sí mismas». Dice Gagnon (Marinas y Santamarina, 1993, p. 138):

¿O es que la tarea del sociólogo debe limitarse a buscar relatos de vida y a la transmisión de las significaciones sociales que se encuentran en ellos? ¿No se trataría, más bien, de hacer que los hechos hablen un lenguaje sociológico? (en Marinas y Santamarina, 1993, p. 36).

Y, luego, Ferrarotti (en Marinas y Santamarina, 1993, p. 138):

Cuando no se esclarece su relación dialéctica (con situaciones objetivas), se cae en una yuxtaposición banal del dato y de lo vivido, que conserva a veces una cierta eficacia sociográfica o descriptiva, pero que está desprovista de todo valor de conocimiento o de toda capacidad predictiva. Las investigaciones de Thomas y Znaniecki verifican *ab abundantiam* esta afirmación. Su cantidad es impresionante, pero sus resultados siguen siendo, en resumidas cuentas, si no decepcionantes, más bien inciertos y, en todo caso, inferiores a lo que se habría podido esperar.

Esta es una crítica a lo que se conoce como «testimonialismo» puro (Bolívar y Domingo, 1996, p. 24), es decir, a las historias de vida como piezas narrativas que no deben ser alteradas, «completadas» o analizadas teóricamente:

[Los] más puristas, desde el punto de vista narrativo que —como Bourdieu— intentan manipular lo menos posible la misma (la información) hasta llegar a pensar que lo oportuno es sólo mostrar las evidencias desde la voz de sus protagonistas, sin interpretación posterior.

Esta opinión es defendida también por William Rodríguez (2003, pp. 122-123): «El “investigador” no busca reunir ningún tipo de datos con ninguna finalidad. *Su finalidad es la misma historia*» (las cursivas son mías).

Como ejemplos de este «testimonialismo» encontramos la obra de Tony Parker en Inglaterra, *Hacer la América* de Juan Marsal (1969) e incluso *Los hijos de Sánchez* de Lewis que, más que un análisis, contiene una contextualización y la propuesta de la idea

de «cultura de la pobreza» en su introducción, pero no un análisis teórico pormenorizado en sentido estricto.

Evidentemente, la disyuntiva testimonialismo/análisis se vincula a un tema tratado anteriormente (Ver subapartado *Relevancia del método biográfico para la ciencia social [o por qué tomarse el trabajo de hacer una historia de vida]*): la posibilidad de comprender una historia desde una teoría. ¿En qué sentido se vinculan ambas cuestiones? Diré que, al contrario de lo que puede parecer, *sus límites no coinciden plenamente*. Para aclararlo, puede pensarse en una historia de vida «testimonial» *pero que permite una lectura teórica*. Tal historia de vida cumpliría con el «requisito» de poder ser «leída» teóricamente... sólo que dicha maniobra no constará en el informe de investigación, quedando así al criterio de los/as lectores/as y/o de otros/as investigadores/as. Lectores/as o investigadores/as que bien podrían «completar» el testimonio con su puesta en la *lingua franca* de las ciencias sociales: la teoría.

Así, las posibilidades quedan abiertas para quienes se embarquen en la composición de un historia de vida: tanto quienes opten por limitarse a presentarla —lo cual es ya, de por sí, un trabajo considerable— como quienes decidan hacer algún tipo de análisis teórico, tienen tradiciones académicas disponibles en las que apoyar (legitimar) sus decisiones. En términos retóricos, el efecto de esta maniobra es que quienes deseen objetar, sea una historia de vida «testimonial» como una «analizada», deberán también poder sostener su objeción frente a la tradición en que dicha historia de vida se enmarca. En definitiva, y desde una concepción de la ciencia en tanto una empresa eminentemente retórica (Billig, 1987), el foco se desplaza de la «corrección» de las decisiones a, como he insistido, *su justificabilidad en contextos concretos*.

Rendimiento político del método: ¿emancipación o control?

La decisión de crear historias de vida y, más específicamente, la opción por dejar que los relatos de los sujetos-objeto de estudio «hablen por sí mismos» o hacerles decir otra cosa mediante su posterior análisis «científico» pueden no ser cuestiones baladís (es decir, sólo metodológicas, *sino también políticas*). Sostienen al respecto Bolívar y Domingo (1996, p. 24):

La pretensión era recoger buenas historias y buenos informantes que ilustrasen la comprensión de qué pasaba en ese mundo oculto, personal, marginal, cotidiano, reivindicando de paso la dimensión personal del desarrollo humano. Pero ello, aunque parecería lógico de sustentar desde la propia filosofía del modelo, no siempre supone una mejora en las condiciones de los colectivos informantes ni su emancipación, ya que puede convertirse en un potente

instrumento de acceso y control político a campos y dimensiones personales hasta ahora ocultos, que en el mejor de los casos usurpa la voz a los protagonistas o la subvierte.

Sin ir más lejos, son estos mismos autores los que de forma más explícita presentan estos problemas al citar la postura de Foucault (1975/2005) al respecto, de continuadores de su obra, como Nikolas Rose (1998) o de Norman Denzin. Estos autores:

Han advertido de que los métodos biográficos narrativos, si bien permiten dar voz a los agentes, son también unos dispositivos de saber y de poder y, como tales, a la vez instrumento de dominio mediante el acceso al conocimiento de la vida (Bolívar y Domingo, 1996, p. 3).

Así las cosas, no debería mirarse el método biográfico con el candor con que se suele —o solía— mirar «lo cualitativo», sino también atender a su dimensión política (es decir, a sus condiciones de producción y a sus efectos).

Habría que destacar que el nudo de este debate no es exclusivo del método biográfico: es el debate más general acerca del estatus político de las ciencias sociales, que Michel Foucault abordara en *Vigilar y castigar* (1975/2005), pero que también ha sido foco de análisis de la teoría crítica de la *Escuela de Frankfurt* —a través de su énfasis en las ideas de *emancipación* y *negatividad*— y de los diversos enfoques latinoamericanos (para una revisión: Jara, 2006; Montero, 2006) que han abogado por una ciencia social no contemplativa, sociopolíticamente situada y comprometida con el cambio social.

La pregunta en lo que aquí importa es si el método biográfico opera regularmente como dispositivo de visibilidad y sujeción en la línea de lo propuesto por Foucault (aún con el pretexto, muy vinculado a las metodologías cualitativas del «dar voz a los/as sin voz») (Arensburg, Haye, Jeanneret, Sandoval y Reyes, 2013; Bassi, 2013) o puede convertirse en una herramienta de emancipación *desde y para* «los/as informantes» que, así, perderían su condición de tales para convertirse en investigadores/as por derecho propio. Y esto, no en el sentido *light* contenido en la idea de «dar voz», sino en el sentido fuerte que proponen metodologías como la investigación-acción participativa (IAP) (Montero, 2006, Reason y Bradbury, 2008) o la sistematización de experiencias (Bickel, 2006; Torres y Cendales, 2006; van de Velde, 2008) y que no está, al menos formalmente, contenido en el enfoque biográfico: siguen siendo los/as investigadores/as quienes se arrogan el derecho de decidir qué historia de vida es «digna» de ser traducida al *juego de lenguaje* de la ciencia social (¿cooptada?) y siguen siendo los/as investigadores/as quienes disfrutan de los beneficios derivados de su investigación. Beneficios concretos, tales como publicaciones o fondos, o más etéreos, como el capital intelectual. Beneficios, en todo caso, que rara vez, si alguna, llegan a los/as in-

formantes: sus vidas son idénticas antes y después de «participar» de la composición ¡de su propia historia!

Desde mi punto de vista, no puede hablarse de una «cualidad emancipadora» consustancial al método biográfico, sino que la orientación de su carácter político depende del diseño de la investigación en la que sea utilizado, particularmente, de cómo y quiénes formulen el problema de investigación y de los usos que se haga del conocimiento generado. Considero que es éste un aspecto sustancial que no debería ser sólo tácitamente considerado, sino explícitamente integrado en el diseño.

¿Toda una vida o parte de una vida?

Según está definido, el método biográfico está orientado al estudio de una vida «completa». De todas maneras y de acuerdo a los intereses específicos de los/as investigadores/as y de sus objetivos, puede, según algunos autores, considerarse sólo una parte de ella, aunque esta opción parece acarrear cierto «disvalor». Dicen al respecto Bertaux y Bertaux-Wiame (1980, p. 162):

Muchos investigadores, influidos por los relatos de vida publicados, que se presentan casi siempre como relatos autobiográficos completos, que cubren todos los aspectos de la existencia y toda su duración, deploran el carácter incompleto de los relatos que ellos mismos recogen.

En este sentido considero que es útil *la distinción* entre método biográfico y *modelo, enfoque o método narrativo* (Kohler Riessman, 1993; Johnstone, 2001). Ambas tradiciones se han movido relativamente en paralelo en cuanto a espacios académicos de desarrollo y autores/as, aunque sus preocupaciones, objetivos, referencias epistemológicas y teóricas y estrategias metodológicas son muy similares. Así, por ejemplo, ambas tradiciones parten de una epistemología antirrepresentacionista, asignan un rol destacado al lenguaje en la configuración intersubjetiva de la experiencia y la subjetividad y utilizan técnicas similares de construcción de información (Bertaux, 1997/2005; Flick, 2002/2004) y de análisis de la información (Kohler Riessman, 1993; Johnstone, 2001).

La relativa independencia de ambas tradiciones se manifiesta en los/as autores/as que se consideran como referentes de cada modelo. Así, mientras que Mijaíl Bajtín (1979/1998), Jerome Bruner (1991; 2004) o Paul Ricoeur (1990/2003; 1983-1985/2004) son citas obligadas para el enfoque narrativo, no suelen mencionarse al hablar del método biográfico. Inversamente, obras clave de éste último —como *El campesino polaco* o *Los hijos de Sánchez*—, a pesar de su carácter eminentemente narrativo, suelen estar ausentes en los recuentos históricos del enfoque narrativo. A mi juicio, no hay razones

teóricas que justifiquen esta separación, sino, a lo sumo, razones históricas: como dije, entiendo que, simplemente, ambos enfoques se han desarrollado como tradiciones académicas separadas.

Lo importante aquí es en qué medida podrían distinguirse a fines de su uso en investigaciones concretas. En este sentido, yo recomiendo una «distinción minimalista» y casi diría técnica en tanto no veo obstáculo alguno para la integración de o el enriquecimiento mutuo entre ambos modelos. Mi distinción apunta a reservar el método biográfico para los casos en que lo que se examina es *la vida completa de una persona*, en tanto ésta resulta relevante en el sentido que he defendido antes —derivado de la idea de «problema de la estructura social» de Wright Mills—. En este caso, *es toda una vida lo que se considera relevante teóricamente*. En contraposición, considero que el enfoque narrativo podría abocarse a periodos específicos de la vida de una persona en tanto en éstos aparezca el problema de investigación de interés para el/la investigador/a.

En definitiva, si se acepta esta distinción, el método biográfico sería pertinente cuando la totalidad de la vida de una persona —o, mejor, el rasgo que de ella se considere más notable o destacado, *pero que aparece transversalmente en la vida toda*— se considera como foco de la investigación. Así, el pertenecer a una familia pobre para los/as informantes de Oscar Lewis o el ser un joven delincuente para el informante de Edwin Sutherland (1937/1993) en *A professional thief by a professional thief* (1937, publicado en castellano como *Ladrones profesionales* en 1993). Inversamente, el enfoque narrativo sería pertinente cuando el problema teórico que se aborda en la investigación sucede en un periodo determinado de la vida de una o más personas. Así, por ejemplo, la pérdida del empleo, una amputación o un embarazo no deseado en personas adultas o el duelo por la muerte de un hijo/a. Es relativamente simple ver que los periodos anteriores y posteriores a estos eventos puedan ser, para los intereses de los/as investigadores/as, mayormente irrelevantes.

Por otra parte, cabría mencionar una distinción más, parcialmente derivada de la que propongo: las historias de vida suelen focalizarse en una o muy pocas personas (históricamente y si no se diluyen las exigencias del método, no más de cinco, a no ser que se trate de investigaciones de gran envergadura que suelen no ser particularmente profundas), mientras que en el enfoque narrativo las unidades de información pueden ser más e, incluso, estar sujetas a criterios de representatividad convencionales. Entiendo que esto se deriva de los requerimientos de trabajo de uno y otro método: mientras que el método biográfico suele focalizarse intensivamente en una persona y, por tanto, requerir la realización de múltiples entrevistas y el uso de documentos personales que cubran toda la vida de la persona considerada, el método narrativo suele ser

igualmente intensivo, pero centrado en periodos más cortos y no contempla, en general (aunque no hay obstáculo para ello), el uso de documentos personales.

Esta distinción es, de todas maneras, provisional y discutible, aunque entiendo que puede operar como un criterio útil para distinguir ambos métodos o juzgar cuándo inclinarse por uno u otro.

¿Ciencia o arte?

Volviendo al debate testimonialismo/análisis, creo que quienes abogan por un método biográfico carente de análisis lo hacen, como hemos visto, o bien desde un punto de vista ético-político (como en el caso de Rodríguez o de Pierre Bourdieu) o bien *por cuestiones estéticas*. En este último caso, se rescatan las evidentes deudas del método biográfico con la literatura que, creo, no han sido suficientemente reconocidas.

En efecto, parte importante del atractivo y del éxito extraacadémico (e incluso comercial) que las historias de vida han tenido se debe, en buena medida, a su condición fronteriza respecto de la literatura y de ese subgénero que constituyen las biografías y autobiografías: las historias de vida, al menos las buenas, representan piezas atractivas, sugerentes, interesantes, seductoras. *Inducen a seguir leyendo*. Un estatus diametralmente opuesto a lo que convencionalmente —y «popularmente»— se tiene por «científico»: un hacer y unos productos «serios», ajenos, aburridos, difíciles de entender cuando no lisa y llanamente ininteligibles.

Así parece entenderlo el matrimonio Bertaux (Bertaux y Bertaux-Wiame, 1980, pp. 234-235):

Lo que era tan nuevo y estimulante de este libro (Los hijos de Sánchez) era el tipo de emociones que inducía su lectura (...) No era ni un libro de ficción, ni un libro de ciencia social. No se ajustaba a ninguna de las categorías establecidas y me sorprendía como el tipo de libro que me hubiera gustado leer más a menudo.

En definitiva, de esta *filiación estética* extraen las historias de vida su fuerza (y su éxito, incluso fuera de las ciencias sociales) y, según parece a algunos autores, también su debilidad:

(...) Lejos de proponerse como materiales estrictos de verificación, “los documentos humanos tendrían por función esencial proporcionar materiales que ofrecen a un espíritu sensible y curioso intuiciones, sospechas, cuestiones que suscitan reflexión, perspectivas, y conocimientos nuevos” (Blumer, en Marinas y Santamarina, 1993, p. 140).

Y eso, claro, hay que entenderlo *como algo malo*, si no para la literatura, sí para los estándares de una ciencia social preocupada por su legitimidad en tanto productora de conocimiento «serio» y alejado de la *doxa*.

Es evidente que el método biográfico se halla en una región fronteriza con la literatura. No sólo por su dependencia del lenguaje —algo que podría decirse de todo lo humano—, sino, sobre todo, por la relevancia que en ambas áreas tiene algo muy difícil de precisar: *una buena historia*. Así, en el caso del método biográfico, a los «criterios científicos» parecieran agregarse otros convencionalmente ajenos a la ciencia social: *los criterios estéticos*.

Esto es más que un «rasgo» del enfoque: *tiene consecuencias pragmáticas*. Como veremos, y en primer lugar, en la elección del/de la informante. Y, en segundo lugar, en las estrategias (y habilidades) de escritura de los/as investigadores/as.

Respecto de esto último, las historias de vida, por todo lo que implica su construcción en términos metodológicos y extrametodológicos (particularmente, la relación investigador/a-informante), suelen alejarse de las formas convencionales de escritura científica. Jonathan Potter (1996/2006, p. 135) caracteriza dicha forma convencional de escritura por el uso de diversos «recursos de factualización»: «trucos retóricos», diría yo, que permiten construir «hechos», es decir, eventos «con vida propia», que no parecen producidos por nadie en particular y que dan al/a la investigador/a *el carácter de médium* entre una Realidad no humana y el texto científico. En definitiva, estos recursos permiten presentar la «realidad» que el texto «describe» como algo ajeno a sus condiciones de producción, asumiendo el/la investigador/a la posición de un espejo, según la feliz expresión de Richard Rorty (1979/2001) entre la realidad y el texto (de allí, por ejemplo, la palabra «hallazgo» o «técnica *de recogida* de información»).

A diferencia de este caso, las historias de vida suelen escribirse en un tono personal y directo que no pretende ocultar dichas condiciones de producción (que son en todos los casos, se reconozca o no, indiferenciables de los «hallazgos»): el/la investigador/a reconoce la particular posición sociopolítica desde la que habla y no procura ocultarla en ningún momento del proceso de investigación, *la escritura incluida*. Tampoco oculta que el informe final es «tan suyo» como del/de la informante.

Por otra parte, la filiación estética del método biográfico tiene una segunda consecuencia: el/la investigador/a se ve, en cierto modo, más compelido/a de lo habitual «a escribir bien». En los casos de una escritura científica convencional, el/la investigador/a puede «esconder» sus limitaciones tras ciertos trucos retóricos propios de la escritura «factual». Así, mientras que en la estructura «clásica» de presentación de resultados de investigaciones, los convencionalismos académicos de forma permi-

ten disimular las falencias de los/las investigadores/as en tanto narradores/as, no sucede así en la realización de historias de vida, ya que se trata «de un trabajo de construcción textual que hilvana cronológica o temáticamente un discurso basado exclusivamente en sesiones de entrevista entre sujeto e investigador» (Pujadas, 1999/2002, p. 79).

De hecho, no se pide a una investigación —y a la ciencia en general— *que entretenga*: se le exige Verdad, rigurosidad, precisión, etc. En el caso del método biográfico una exigencia no declarada es que las historias de vida resultantes *debes ser atractivas, interesantes, hasta cautivantes*. Y en muchos casos lo son: quienes leen historias de vida por primera vez —al menos, en el caso de los/as estudiantes a quienes se las he dado a leer— suelen destacar que «no parecen ciencia».

En todo caso, lo que me interesa dejar asentado aquí es que el hecho de que el método biográfico ocupe un espacio fronterizo entre el arte y la ciencia, comporta ciertas exigencias adicionales para los/as investigadores/as que deberán no sólo «informar» sino también «entretener». En este sentido, es lícito advertir que sus habilidades de escritura deberían ser un factor a tener en cuenta a la hora de optar entre métodos.

¿Epistemología, método o técnica?

Resulta complejo aislar los niveles epistemológicos, teóricos, metodológicos y técnicos en la investigación social. Así, parecería relativamente injusto hablar de «método biográfico» (o, para el caso, de «método narrativo» o «etnográfico») dado que estos enfoques implican una imbricación coherente de los cuatro niveles antes mencionados. A pesar de ello, entiendo que es apropiado seguir usando el término «método biográfico», mientras no se lo considere como algo que puede ser aislado de los otros niveles, particularmente, «hacia arriba», de la posición epistemológica de la que deriva y, «hacia abajo», de las técnicas que son pertinentes con sus planteamientos. También considero que es apropiado mantenerlo, mientras se lo aleje de una concepción instrumental de «lo metodológico» (Bassi, 2013; Cottet, 2006), es decir, de los métodos como la resolución técnica de problemas teóricos de los que son independientes. Hechas estas salvedades, no veo objeción en seguir utilizando la denominación de *método biográfico*. Así, quedaría junto a los otros miembros de su familia que mencioné antes: el análisis del discurso, el enfoque narrativo, etc.

Si se conviene en esto, se debería conservar el término *epistemología* para el posicionamiento de los/as investigadores/as acerca del estatus de la realidad y la posibilidad de su conocimiento, *metodología* para la estrategia básica de abordaje —variabilizar o comprender— y *técnica*, como mencioné antes, para aquellas herramientas espe-

cíficas —tales como la entrevista narrativa (Flick, 2002/2004) o el análisis estructural de William Labov y Joshua Waletzky (en Johnstone, 2001)— *que se insertan de forma coherente en los métodos*. Así, los métodos ocuparían una región fronteriza: se insertan o provienen de una epistemología —también, muy comúnmente, contienen elementos epistemológicos— y de una metodología, proponen una concepción global de la realidad y del funcionamiento social y contiene algún tipo de resolución empírica concreta en la forma de técnicas de producción y análisis de la información (Bassi, 2014b).

En cualquier caso, así visto, el método biográfico se halla en el centro mismo del «viejo debate» al que he aludido antes. Esto explica que las críticas o loas al método raramente sean *sólo* técnicas o *sólo* epistemológicas: los diferentes niveles están imbricados, por lo que, como es de esperar, no es posible una respuesta sin supuestos o «neutral» a la cuestión de si el «método biográfico» *es un método* u otra cosa. Como fuere, el/la investigador/a debería tener algún tipo de respuesta para esta cuestión para no actuar «a ciegas» o en base a supuestos no declarados.

La historia de vida... ¿de quién?

Pujadas (1999/2002, pp. 45-46) repara en la dificultad «a veces extrema» de obtener buenos/as informantes, «dispuestos a colaborar» y con «una buena historia que contar». Quizás por ello este autor introduce algunas características deseables en el (sujeto)objeto de la investigación, que pueden resultar llamativas dentro de modelos más conservadores. Por pedir, pide Pujadas que «el informante» sea «brillante, genuino, sincero, que se explique con claridad e introduzca en el relato elementos amenos, que sea autocrítico (...)», etc. (p. 47).

¿A cuántos «objetos científicos» se les pide que sean «amenos»? ¿Es que la ciencia ha también de entretenernos? Claramente, estas referencias, hacen alusión al atractivo que poseen las (buenas) historias de vida y que deriva de la filiación estética a la que me referí antes.

En cualquier caso, las características del/de la informante no son en absoluto algo menor. Un proyecto de investigación bien estructurado, orientado hacia un problema de investigación relevante y abordable, puede naufragar si el/la informante no quiere o no puede «contar su historia» del modo que se espera y que demanda el método para su «éxito». Este «naufragio» puede deberse a diversas razones, que deberían ser consideradas *antes* del inicio de la investigación: negativa del informante a hablar de lo que se espera que hable (porque aborda asuntos íntimos, porque puede poner en riesgo su seguridad, porque no confía en los/as investigadores/as, etc.), falta de «habilidades narrativas», dificultad por parte del/de la investigador/a para establecer una relación de

confianza, etc. Así, las cualidades del/de la informante y de la relación con el/la investigador/a deberían ser consideradas, en el caso del método biográfico, *como criterios de inclusión*, ya que de ellas depende, en buena medida, la factibilidad y calidad de la historia de vida resultante. Considero que un/a investigador/a no debería invertir en un proceso de investigación de este tipo sin tener en claro estas cualidades, lo cual supone, en general, una relación anterior y cercana entre investigador/a e informante.

¿Cómo producir y analizar la información?

Los relatos suelen provenir de entrevistas (como en el caso de *Los hijos de Sánchez*) o bien de escritos solicitados por el/la investigador/a (como en *A professional thief by a professional thief*, de Edwin Sutherland o en *Hacer la América* de Marsal). Pujadas (1999/2002, p. 14) incluso reconoce la posibilidad de utilizar encuestas (presumiblemente y dadas las características del método, abiertas).

En cualquier caso, la técnica de producción más utilizada ha sido la entrevista. *Pero no cualquier tipo entrevista*, en tanto ésta debe ser coherente con las bases epistemológicas y teóricas del método. Entiendo que dada *la dimensión temporal del fenómeno en estudio* —una vida—, es la entrevista narrativa (Flick, 2002/2004, Bertaux, 1997/2005) la técnica de construcción de información más pertinente. De hecho, Bertaux recomienda una primera pregunta que contenga la palabra *contar* y la repregunta como estrategia básica de indagación a fin de cubrir la vida en su extensión y con la profundidad que cada periodo amerite a ojos del/de la investigador/a (Flick, 2002/2004). Al respecto, dice Rodríguez (2003, pp. 122-123):

Una historia de vida no es una entrevista en profundidad sino la narración de toda la historia vivida por una persona tal como a ella le va saliendo en máxima espontaneidad. Por esto es necesaria para el sujeto la mayor libertad posible de expresión. El «investigador» ha de limitarse a provocar y facilitar la espontánea narración del sujeto.

Por otra parte, dice Pujadas (1999/2002, p. 47):

Lo que es más importante retener es que, muy frecuentemente, las informaciones más cruciales, las pistas más significativas para una investigación, las obtenemos en esas situaciones de distensión posteriores a la realización de una sesión formal de encuesta. Esos momentos de charla informal, frente a una cerveza o a un café, son tan importantes como la encuesta en sí misma.

Por lo demás, paralelamente al proceso de entrevistas —es poco probable que una sea suficiente— se halla el uso de los documentos personales que se consideren perti-

mentos y a los que se pueda acceder (una decisión a la que contribuyen aspectos éticos como de predisposición por parte de los/as informantes).

A estas dos fuentes básicas —y casi exigibles— de información suelen agregarse lo que yo llamo «apuntes etnográficos»: toda la serie de observaciones más o menos anecdóticas —en el sentido de no sistemáticas— realizadas durante los contactos entre investigadores/as e informantes, que enriquecen la historia de vida y que pueden incluir: la apariencia del/de la informante, la descripción de sus espacios de residencia y circulación cotidiana, la reseña de sus seres significativos, algunos datos de su trabajo o grupos con que interactúa, etc. Estas observaciones pueden ser más o menos fortuitas (derivadas únicamente del hecho de que investigadores/as e informantes pasan tiempo juntos/as) o estar intencionalmente provocadas, por ejemplo, planificando un día de visita al barrio en que el/la informante vive o a un lugar en el que él/ella pasa habitualmente su tiempo de ocio (biblioteca, bar, plaza, etc.).

Esto muestra, claro, un espacio fronterizo —otro— entre el método biográfico y el etnográfico. Algo que, por lo demás, es notorio en obras iniciáticas como *Indian biography. Or, a historial account of those individuals who have been distinguished among the North American natives as orators, warriors, statesmen and other remarkable characters* de Benjamin Bussey Thatcher (1832/1860) o en la mencionada *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis. De todas maneras, prefiero mantener el término «apuntes etnográficos» porque creo que las observaciones que he mencionado no son lo suficientemente sistemáticas ni tienen la suficiente relevancia como para constituir una etnografía propiamente dicha.

En cualquier caso, los dos métodos son plenamente integrables. De lo que se trata es de su *peso relativo* en el diseño de la investigación: ¿se trata, básicamente, de una etnografía que acude a apuntes biográficos o de una historia de vida con apuntes etnográficos? El límite es, claro está, reconocidamente difuso y discutible, pero la distinción puede resultar útil a los/as investigadores/as para situar su trabajo y orientar decisiones importantes.

En cuanto al análisis, las aguas se dividen. Por un lado, hay autores que proponen un «análisis comprensivo» (Bertaux, 1997/2005) de forma y bordes muy imprecisos (¿e imprecisables?). Téngase en cuenta que el/la investigador/a, si decide analizar teóricamente la información producida, contará con material textual —derivado de entrevistas o de un escrito autobiográfico— y con una serie variable de documentos personales. Quizás, incluso, tenga apuntes etnográficos y entrevistas a terceros/as. Por ello, es poco probable poder definir un método estandarizado de análisis, por lo que decir «análisis comprensivo» es decir más bien poco... aunque no sé si se pueda decir mu-

cho más. (Es por esto, justamente, que se suele acusar al método biográfico en particular y a las metodologías cualitativas en particular de «opacas», en la medida de que, en ocasiones, no pueden dar cuenta de «qué pasó» entre la información obtenida —el relato, los documentos personales, los apuntes etnográficos, etc.— y la lectura teórica que se hace de ellos. Objeción, entiendo, sostenible, pero no incontestable.)

Hay más precisiones si de lo que se trata es de analizar sólo el relato, aunque provienen del método narrativo, más que del método biográfico. Por ejemplo, William Labov y Joshua Waletzky (1967, en Johnstone, 2001) han propuesto estrategias de análisis muy precisas, al igual que lo ha hecho Kohler Riessman (1993). Dichas estrategias permiten el análisis «estructural» —es decir, de la secuenciación— como «del contenido» de los relatos (en el que suelen encontrarse dimensiones teóricas relevantes).

Más allá de las estrategias elegidas, sugiero, como lo he hecho para otras decisiones relevantes que los/as investigadores/as conozcan las opciones a su disposición y puedan justificar su pertinencia para la investigación en curso. Resulta de particular interés, en este momento del proceso, el poder hacer lo más transparente posible el análisis. El éxito de esta operación depende de la capacidad de los/as investigadores/as de mostrar «qué sucedió» entre la información generada (que puede exponerse fácilmente) y *lo que se dice de ella*, es decir, el análisis teórico de dicha información. En este sentido, aconsejo mantener el análisis «lo más cerca posible» de la información, por ejemplo, citando partes del relato o de los documentos para respaldar el análisis realizado con el objetivo de mostrar cómo aquél deriva —se sigue— de éstos.

En cualquier caso, no debe perderse de vista que la lectura teórica es siempre una hipótesis de la que, más que mostrar su «verdad», debe poder mostrarse *su plausibilidad*. Dicho de otro modo, el análisis debe poder *ser defendido* a partir del relato y de los documentos personales, pero no como una lectura última o representativa de «los datos», sino como una lectura que pueda legítimamente sostenerse a partir de ellos. A este respecto y en la línea de lo que defiende Pujadas (1999/2002), lo importante sería *justificar* las decisiones tomadas a lo largo del proceso de investigación, es decir, hacer transparente dicho proceso mediante la explicitación de sus pasos, incluido el análisis teórico, de manera de reducir la opacidad de la práctica científica.

¿Crearles o no?

Bolívar y Domingo (1996, p. 23), en la línea de lo defendido por Ricoeur respecto de la identidad (1990/2003), sostienen que, al contar su historia, una persona «se inventa, se descubre y se reinterpreta a sí misma», en tanto la memoria opera como «un mecanis-

mo de búsqueda de sentido». Hankiss (en Marinas y Santamarina, 1993, p. 251) introduce el mismo factor:

Todo el mundo construye su propia teoría acerca de la historia y del curso de su propia vida intentando clasificar sus éxitos y azares particulares, sus culpas y sus elecciones, los elementos favorables y desfavorables de su destino, de acuerdo con un principio de explicación coherente, con el fin de incorporar todos esos elementos dentro de una unidad histórica. (...) Este proceso de construcción implica *mecanismos específicos*. La memoria humana selecciona, enfatiza, recompone y da un nuevo color a todo lo que ha ocurrido en realidad; y, lo que es más importante, proporciona a determinados episodios fundamentales un significado simbólico, muchas veces hasta el punto de convertirlos más bien en mitos, situándolos como un punto focal del sistema explicatorio del yo.

El autor denomina a este proceso «recomposición mitológica». Pero, no es ése el enfoque (probablemente psicologista) que me interesa destacar: lo traigo a colación porque dicha «recomposición mitológica», que opera reordenando el pasado *desde* la lógica del presente (¿existe otro modo?), podría considerarse como una fuente de error que quite validez a lo dicho acerca de una vida.

Con respecto a esto, creo que sólo puede constatarse lo indefectible del proceso de reconstrucción enunciado y hacerlo explícito: creo que dicha recomposición *es inevitable en todos los casos* (¡incluso en el del/de la investigador/a intentando componer una historia de vida «con sentido»!). Por ello, resulta curioso que Hankiss distinga entre lo que la persona recuerda y lo que ha ocurrido «en realidad». Disiento con una disquisición *realista* de este tipo y suscribiría, otra vez, el aserto de Borges en *Ulrica*. En definitiva, podría pensarse que la «reconstrucción mitológica» de Hankiss no es la versión *contaminada* de lo que ocurrió «en realidad», sino la misma cosa o, el menos, algo indiscernible de ella. Como fuere, en tanto «dificultad» *resulta inexorable*, por lo cual sólo puede ser recogida aquí y tenida en cuenta.

Entiendo que sólo debería considerarse de otro modo si dicha recomposición fuera resultado de una maniobra intencionada para deformar lo que la persona recuerda o producir una impresión determinada (por ejemplo, orientada por la deseabilidad social), es decir, un intento consciente de engañar a los/as investigadores/as. En este caso, se trataría de la cuestión de la fiabilidad del testimonio y creo que no hay nada en particular que deba mencionarse que no esté presente también en cualquier otro método de investigación en ciencias sociales, aunque desde posiciones representacionistas se sostenga que es éste un problema asociado a las metodologías cualitativas (!).

En este sentido, creo que no deben tomarse «precauciones adicionales» a las que se consideren pertinentes para cualquier proceso de investigación ya que no veo por qué los/as informantes de una historia de vida estarían más inclinados/as a mentir que en cualquier otro contexto de investigación. ¿Es, acaso, menos probable que un/a informante mienta menos en un test o en una encuesta?

Creo que la forma de sortear este aparente problema es, por un lado, estableciendo una relación franca y de confianza con los/as informantes. Por otro, uno de más enjundia teórica: considerar —desde la perspectiva de la psicología social discursiva (Edwards y Potter, 1992; Garay, Íñiguez-Rueda y Martínez, 2005) o de los enfoques dialógicos en investigación antes mencionados— *que es la relación informante-investigador/a*, en todas sus dimensiones (incluida la mentira), *la que produce —literalmente— la historia de vida*. Esto no es una cuestión menor y, como dije antes, tomada en su radicalidad, pone en cuestión la ciencia social misma (Gálvez y Bassi, 2013).

De todas maneras, incluso si se cuestionara esta forma de concebir la ciencia y los procesos de investigación, creo que se avanza poco en la cuestión de la honestidad del/de la informante. En última instancia se trata de un elemento «irracional» —la confianza— que es consustancial a algo presumiblemente tan «racional» como la práctica científica y acerca del cual no hay más opción que asumir una posición en buena medida sin fundamento: «¿Debo confiar en esta persona para que me cuente la historia de su vida?» No hay respuestas 100% racionales a esa pregunta, como no la hay a la pregunta de por qué confiamos en una cita que leemos en un artículo en lugar de ir a corroborar que tal cita sea fidedigna: ¿por qué?

A pesar de esto, sí hay algunos «trucos metodológicos», como la triangulación de información —acudir a otros/as informantes, a los documentos personales o a los apuntes etnográficos en busca de «confirmación»— que permitirían, aunque no del todo, disipar la objeción. Es lo que Potter (1996/2006) entiende como el *recurso al consenso* para hacer factual un «hecho» y que podría caricaturizarse como sigue: «Si lo dicen muchos/as, *por algo será.*»

En cualquier caso, y a riesgo de ser repetitivo, de lo que se trata aquí es de una toma de posición consciente y de la posibilidad de justificarla ante una audiencia presumiblemente hostil a confiar, sin más, en la historia que alguien tiene para contarle a la ciencia social.

¿Creernos o no?

Las objeciones del punto anterior podrían aplicarse, ¿por qué no?, a los/as investigadores/as mismos/as, y no sólo en lo que tiene que ver con el método biográfico, sino en un sentido más general. ¿Por qué habríamos de confiar en nosotros/as como gremio, como «tribu» con una particular forma de vida? ¿Es que no tenemos razones para mentir o engañar? O: ¿por qué habríamos de creer que no seremos víctimas de la «recomposición mitológica» de Hankiss y, así, no contaremos la vida en estudio «tal cual sucedió» sino otra cosa, *una creación nuestra*?

A responder la primera objeción estaría apuntada la «vigilancia transversal» que se produce en el mundo académico: presumiblemente, cualquiera puede cuestionar una investigación dada: sus supuestos, sus «datos», sus «hallazgos», hacer críticas y proponer alternativas. En esa vigilancia transversal —por ejemplo, en la revisión por pares de las revistas científicas— está puesta la esperanza de una ciencia que se ajuste a los cánones de cientificidad vigentes y, presumiblemente y al menos en algunos casos, «describa» el mundo social «tal cual es».

La segunda objeción tiene más tuétano y, dada su radicalidad, la he dejado intencionalmente para el final, aunque bien podría haber sido la primera: *¿es posible contar una vida?* Es decir, ¿es posible componer una historia de vida? Al respecto, dice Bourdieu (1989, p. 28):

Producir una historia de vida, tratar la vida como una historia, es decir, como el relato coherente de una secuencia significativa y orientada de acontecimientos, es quizás sacrificarla a una ilusión retórica, a una representación común de la existencia, que toda una tradición literaria no ha cesado ni cesa de reforzar.

Bourdieu llama a esto «la ilusión biográfica»: la esperanza de que podemos tomar las vidas y presentarlas como procesos coherentes, inteligibles, *con sentido*. En definitiva, domesticar el caos y la irracionalidad de una vida a las constricciones propias de un relato: secuencialidad, desarrollo lógico, predictibilidad e, incluso, teleología.

En la línea de Bourdieu —que yo concibo como *antirrepresentacionista*— agregan Fabiola Ferro y María Eugenia Contursi (2000, p. 66, las cursivas son mías), aunque desde el contexto de la historia como disciplina:

La escritura de la historia o historiografía queda controlada por las prácticas de las cuales resulta («hacer la historia») y es ella misma una práctica social («contar la historia»). Así, el discurso histórico tiene el estatuto ambivalente

de «hacer la historia» al mismo tiempo de «contar historias»: los relatos históricos no sólo narran, *sino que tienen el efecto de producir la historia*.

Y continúan (p. 68):

El recurso de hacer compatibles los contrarios en el mismo texto también permite que aquellos hechos, prácticas, actitudes que escapan a los sistemas de construcción del presente (y que por ende resultan extraños) sean concebidos como carencias (faltas) de un período del pasado al cual se le impone una lógica ajena a él, la del presente del historiador.

Así, podría decirse, con Bourdieu y las autoras mencionadas, *que no puede contarse una vida*. Al menos no... si se mantiene la «ilusión biográfica» —muy cara el *ethos* positivista— de creer que había una vida «ahí», antes de ser contada o de que puede reseñarse «lo que pasó *realmente*» y de que la práctica científica no tiene otros efectos sobre los «hallazgos» más que reflejarlos. Ahora, si se entiende la ciencia en la línea que he presentado aquí —como una práctica social que construye aquello que de lo que dice que habla— sí se pueden contar vidas, de hecho, ¡se hace todo el tiempo! Sólo que habrá que aceptar que aquello que *construyamos* acerca del/de la informante y aquello que «realmente pasó» son una y la misma cosa.

En esta línea, la inteligibilidad, la coherencia, el sentido discernible... *no han de buscarse en la vida reseñada*. Han de buscarse en las prácticas de investigación que produjeron —en el sentido fuerte de «inventaron»— dicha vida y la presentaron como algo inteligible, coherente, con un sentido discernible: el niño que empezó a hablar tempranamente y acabó siendo locutor, la niña que quedaba hipnotizada al escuchar cantar a su madre y acabó siendo soprano. ¿Quién une esos puntos? ¿O ya estaban unidos antes de ser unidos? ¿Cuántos niños hablaron tempranamente y acaban siendo mimos? ¿Cuántas niñas amaban oír cantar y acaban siendo arquitectas? La vida finalmente contada en una historia de vida no es menos una creación que una novela, una obra de teatro o una escultura. Una «obra», diría Howard Becker (1986/2011, p. 34) a la que no sólo aportan los/as investigadores/as: «La forma de cualquier obra es resultado de todas las decisiones que han tomado todas las personas involucradas en su producción.» Así, sus características habrán de buscarse, no en la vida —el objeto en sí— sino en las prácticas de conocimiento que la crearon. Insisto: esta idea, tomada en su radicalidad, da por tierra con esa empresa humana a la que llamamos «ciencia». Si no es así, es porque sólo «jugamos» al *dictum*: «La realidad es construida» (Gálvez y Bassi, 2013).

No hay por qué comulgar con esta visión —antirrepresentacionista— de la práctica científica, pero, como en todos los casos anteriores, no veo cómo un/a

investigador/a podría no tener alguna posición a este respecto, toda vez que su posicionamiento tiene directa influencia sobre el estatuto de lo que ha hecho y presenta como resultado de su proceso de investigación. Así, el/la investigador/a debería reflexionar acerca de y poder responder la pregunta: ¿cuál ha sido su rol en esta historia de vida que presenta? Si el de espejo, ¿cómo fue eso posible? En este informe, ¿está la vida del/de la informante *tal cual sucedió...* u otra cosa? Si hay otra cosa, ¿qué es y de dónde proviene?

Confesión de debilidades: me gustan las historias de vida

Decía al inicio de este escrito que mi objetivo era «presentar y analizar críticamente ciertas disyuntivas» que suelen aparecer al realizar una historia de vida. Espero haberlo cumplido. Sin embargo, me gustaría dejar asentada mi posición acerca de algunas de las disyuntivas que me parecen fundamentales.

En primer lugar, entiendo que la dificultad para una definición monolítica y estable del método no es obstáculo para su utilización. Cabría preguntarse cómo es que podríamos hacer algo que no sabemos bien qué es. Mi respuesta más honesta es: «No lo sé, pero lo hacemos todo el tiempo.» De hecho, si escarbamos bajo la superficie, nos daremos cuenta de que tenemos definiciones muy imprecisas acerca de cuestiones fundamentales, como qué es el tiempo (¿qué es?) o la ciencia, pero también acerca de cosas más mundanas como una silla, el enfriamiento del núcleo de una central nuclear o la metástasis. Y nuestra ignorancia o indefinición no nos impiden usar esas palabras ¡y entendernos entre sí! Por ello, me inclino por una salida pragmática: *si podemos hacer historias de vida —y las hemos hecho— es porque entendemos lo suficiente*. Como límites para una definición, me basta la salida wittgensteineana de «aire de familia». Como acción, no tengo reparos en habitar la paradoja —de otra forma paralizante— de no saber bien qué se hace pero hacerlo igual. Para el resto, está la sana discusión académica.

Sí diré, en segundo lugar, que si tuviera que elegir *uno* de los «requisitos» que aquí he mencionado, me quedaría con el expresado en el subapartado *Relevancia del método biográfico para la ciencia social (o por qué tomarse el trabajo de hacer una historia de vida)*, es decir, la posibilidad de una puesta en términos teóricos de la vida de que se trate. Entiendo que esta maniobra saca la vida del ámbito de la «inquietud», lo anecdótico y lo autorreferencial y abre la posibilidad de que se haga relevante para alguien más que quien la vive y quien la estudia. Es, claro, la posibilidad de que la vida pueda insertarse en el horizonte de inteligibilidad de las ciencias sociales: la teoría (la

«fusión de horizontes», que quería Gadamer). Entiendo que el fracaso en esta manobra es el fracaso de la historia de vida.

En tercer lugar, en cuanto a la objetividad y en la línea de lo dicho, no puedo más que confesar mis filiaciones epistemológicas. Lo haré en la línea de la *argumentación débil* usada por Rorty en sus debates. Rorty solía contestar algo del tipo: «A nosotros los pragmatistas no nos gusta esa idea.» O: «Yo prefiero pensar que...» No pretendía (y si quería ser mínimamente coherente, no podía) argumentar de otro modo, uno «fuerte», como en: «Lo que usted dice no es Verdad.» Desde ese punto de vista diré: «Me gustan las historia de vida. Me gusta leerlas. Las promuevo entre mis tesisistas. No me preocupa en lo más mínimo su “cientificidad”. Y, cuando me ha preocupado, dicha preocupación se ha visto opacada por el placer de leerlas. Así, no tengo juicios irrefragablemente científicos acerca de por qué el método biográfico y no la correlación de variables o la investigación-acción participativa. De hecho, no sabría explicar el porqué de la mayoría de mis filiaciones y debilidades teóricas. Sí puedo reconocerlas y, sobre todo, y en la línea de la genial frase de Pérez Soto, procuro crear un mundo en el que las historias de vida sean necesarias, más que nada, porque creo que es mejor vivir así.»

Un aspecto preocupante, por otra parte y en cuarto lugar, es la cuestión del rendimiento político del método. He perdido ya la inocencia y no creo que las metodologías cualitativas vayan a ser algo muy diferente de las otras, las «malas de la película», positivistas, cuantitativistas, reduccionistas y todos los «-istas» que se quiera y sirvan para desprestigiar al Otro. Sobre todo, no creo que la épica antipositivista esté justificada: las investigaciones bajo modelos cualitativos, constructivistas, construccionistas y hasta «críticos» y «participativos» son tan elitistas, autocentradas, excluyentes, endogámicas y, en última instancia, tan irrelevantes para el cambio social, como sus contrapartes cuantitativas, positivistas, realistas, acríticas y no participativas. Por tanto, no le atribuyo al método biográfico ninguna cualidad emancipadora esencial. Para que eso sucediera, no sólo deberíamos reformar dicho método, sino la ciencia toda y no parece que eso sea una prioridad para nadie en el mundo académico: preferimos rasgarnos las vestiduras en el sofá.

Finalmente, esa preocupaciones decimonónicas acerca de la frontera difusa entre arte y ciencia. Por mi parte, *creo que no es lo suficientemente difusa*. Abogo por una re-orientación, no sólo teórica, sino entre personas de cada ámbito, en busca de nuevas formas de hacer una cosa y la otra. En la fusión de la ciencia con el arte no perderemos la objetividad... *porque nunca la tuvimos*. Por el contrario, ganaremos la posibilidad del enriquecimiento mutuo. Por ejemplo, ¿por qué no historias de vida noveladas?, ¿por qué no defensas de tesis a medio camino entre el informe y el documental?, ¿por

qué no fotos en las tesis escritas?, ¿por qué no hipervínculos que lleven a canciones, a imágenes, a documentos personales?, ¿por qué no presentaciones fuera de los muros de las universidades? Hay ahí, entiendo, un patio enorme al que haríamos bien en salir a jugar.

En resumen, creo que la riqueza y la profundidad de la información, la intensidad y a veces el dramatismo de los relatos, la posibilidad de sacar la actividad académica fuera de las universidades a fuerza de buenas historias y, finalmente, la potencia para permitirnos pensar otros mundos son suficientes argumentos como para embarcarse en hacer historias de vida, aun sabiendo lo que sabemos y teniendo algunas esperanzas ya frustradas.

Palabras finales

He pretendido en este escrito presentar una serie de dimensiones relevantes del método biográfico *en su puesta en acción* y no tanto en su letra. Me he detenido en trece disyuntivas que, en mi experiencia, suelen emerger en dicha «puesta en acción» y que requieren por parte de los/as investigadores *de una toma de posición fundada*. En última instancia, del conocimiento de éstas y otras dimensiones del método, de su operacionalización y de su defensa/justificación depende, entiendo, la posibilidad de componer una buena historia de vida y de aportar al mayor uso y legitimación del método biográfico en el contexto académico.

Referencias

- Aceves Lozano, Jorge (1993). *Historia oral*. México DF: Instituto Mora.
- Arensburg, Svenska; Haye, Andrés; Jeanneret, Francisco; Sandoval, Juan y Reyes, María José (2013). From the subjectivity of the object to the subjectivation of research: practices of social research in Chile. *Annual Review of Critical Psychology*, 10, 232-256. Extraído de:
<http://www.discourseunit.com/arcp10/Chile%20232-256.pdf>
- Bajtín, Mijaíl (1979/1998). *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Balán, Jorge (Comp.) (1974). *Las historias orales en ciencias sociales. Teoría y técnica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bassi, Javier (2013). Ciencia social desde y para la academia: la marginación de las metodologías participativas de investigación. *Revista Latinoamericana de Psicología Social Ignacio Martín-Baró*, 2(1), pp. 171-191. Extraído de:
<http://www.rimb.cl/index.php/rimb/article/view/21/21>

- Bassi, Javier (2014a). Cualí/Cuanti: La distinción paleozoica. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 15(2), Art. 7. Extraído de: <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1993/3659>
- Bassi, Javier (2014b). *Formulación de proyectos de tesis en ciencias sociales. Manual de supervivencia para estudiantes de pre y posgrado*. Santiago de Chile: Praxis-Universidad de Chile (en prensa).
- Becker, Howard (1986/2011). *Manual de escritura para científicos sociales. Cómo empezar y terminar una tesis, un libro o un artículo*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Berger, Peter y Luckmann, Thomas (1967/2008). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bertaux, Daniel (1997/2005). *Los relatos de vida*. Barcelona: Bellaterra.
- Bertaux, Daniel y Bertaux-Wiame, Isabelle (1980). *Une enquête sur la boulangerie artisanale par l'approche biographique*. París: Centre d'Etudes des Mouvements Sociaux.
- Bertaux, Daniel y Bertaux-Wiame, Isabelle (1993). Historias de vida del oficio de panadero. En José Miguel Marinas y Cristina Santamarina (Eds.), *La historia oral: métodos y experiencias* (pp. 231-250). Madrid. Debate.
- Bickel, Ana (2006). La sistematización participativa para descubrir los sentidos y aprender de nuestras experiencias. *La Piragua*, 23, 17-28
- Billig, Michael (1987). *Arguing and thinking*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bleicher, Josef (1980/1990). *Contemporary Hermeneutics. Hermeneutics as method, philosophy and critique*. New York: Routledge.
- Bloor, David (1976/2003). *Conocimiento e imaginario social*. Barcelona: Gedisa.
- Bolívar, Antonio y Domingo, Jesús (2006). La investigación biográfica y narrativa en Iberoamérica: Campos de desarrollo y estado actual. *Forum Qualitative Sozialforschung/Forum: Qualitative Social Research*, 7(4). Extraído de: <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/161/358>
- Borges, Jorge Luis (1975/1998) *El libro de arena*. Buenos Aires: Alianza.
- Bourdieu, Pierre (1989). La ilusión biográfica. *Historia y fuente oral*, 2, 27-33.
- Bruner, Jerome (1991). The narrative construction of reality. *Critical Inquiry*, 18, 1-21.
- Bruner, Jerome (2004). Life as narrative. *Social research*, 71(3), 691-710. <http://dx.doi.org/10.1353/sor.2004.0045>
- Bucholtz, Mary (2000). The politics of transcription. *Journal of Pragmatics*, 32, 1439-1465.
- Collier, Gary; Minton, Henry y Reynolds, Graham (1991/1996). *Escenarios y tendencias de la psicología social*. Madrid: Tecnos.
- Cottet, Pablo (2006). Diseños y estrategias de investigación social. El caso de la ISCUAL. En Manuel Canales (Coord.), *Metodologías de investigación social. Introducción a los oficios* (pp. 185-217). Santiago de Chile: LOM.
- Danziger, Kurt (1979). Los orígenes sociales de la Psicología moderna. En Allan R. Buss (Ed.), *Psychology in social context* (pp. 25-44). New York: Irvington Publishers.

- Eco, Umberto (2003/2008). *Decir casi lo mismo. Experiencias de traducción*. Barcelona: Lumen.
- Edwards, Derek y Potter, Jonathan (1992). *Discursive psychology*. Londres: SAGE
- Fernández Christlieb, Pablo (2013, mayo). *Aproximación estética a la psicología social*. Ponencia presentada en el 15vo encuentro de la International Society for theoretical Psychology, Santiago de Chile, Chile.
- Ferro, Fabiola y Contursi, María Eugenia (2000). *La Narración. Usos y teorías*. Buenos Aires: Norma.
- Flick, Uwe (2002/2004). *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid: Morata.
- Foucault, Michel (1971/1992). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- Foucault, Michel (1975/2005). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXI.
- Gálvez, Felipe y Bassi, Javier (2013, mayo). *Nunca fuimos posmodernos: defensa de una práctica científica antirrepresentacionista*. Ponencia presentada en el XXIX Congreso latinoamericano de sociología. Santiago de Chile, Chile. Extraído de:
http://actacientifica.servicioit.cl/biblioteca/gt/GT16/GT16_GalvezFyBassiJ.pdf
- Garay, Ana, Íñiguez-Rueda, Lupicinio y Martínez, Luz María (2005). La perspectiva discursiva en psicología social. *Subjetividad y procesos cognitivos*, 7, 105-130.
- Garrido, Alicia y Álvaro, José Luis (2007). *Psicología social. Perspectivas psicológicas y sociológicas*. Madrid: McGrawHill.
- Gergen, Kenneth (1973). Social Psychology as History. *Journal of Personality and Social Psychology*, 26(2), 309-320.
- Grossman, Edith (2009/2011). *Por qué la traducción importa*. Buenos Aires: Katz.
- Harris, Ben (1999). Repoliticizing the history of psychology. En Dennis Fox e Isaac Prilleltensky (Eds.), *Critical Psychology. An introduction* (pp. 21-35). London: SAGE.
- Ibáñez, Jesús (1979/2003). *Más allá de la sociología*. España: Siglo XXI.
- Ibáñez, Tomás (2006). El giro lingüístico. En Lupicinio Íñiguez-Rueda (Ed.), *Análisis de discurso. Manual para las ciencias sociales* (pp. 23-46). Barcelona: UOC.
- Jara, Óscar (2006). Sistematización de experiencias y corrientes innovadoras del pensamiento latinoamericano. Una aproximación histórica. *La Piragua*, 23, 7-16.
- Johnstone, Barbara (2001). Discourse analysis and narrative. En Deborah Schiffrin, Deborah Tannen y Heidi Hamilton (Eds.), *The handbook of discourse analysis* (pp. 635-649). Oxford: Blackwell.
- Klimovsky, Gregorio (1994/2005). *Las desventuras del conocimiento científico. Una introducción a la epistemología*. Buenos Aires: A-Z.
- Kohler Riessman, Catherine (1993). *Narrative Analysis*. Beverly Hills: SAGE.
- Labov, William y Waletzky, Joshua (1967). Narrative analysis: oral versions of personal experience. En June Helm, (Ed.), *Essays on the Verbal and Visual Arts* (pp. 12-44). Seattle: University of Washington.

- Latour, Bruno (1987/1992). *Ciencia en acción. Cómo seguir a los científicos e ingenieros a través de la sociedad*. Barcelona: Labor.
- Latour, Bruno y Woolgar, Steve (1979). *Laboratory life. The construction of scientific facts*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- Lewis, Oscar (1961/2012) *Los hijos de Sánchez. Una muerte en la familia Sánchez*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Lyotard, Jean François (1984/2004). *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Marinas, José Miguel y Santamarina, Cristina (1993). *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid: Debate.
- Marsal, Juan F. (1969). *Hacer la América. Autobiografía de un inmigrante español en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial del Instituto.
- Montero, Maritza (2006). *Hacer para transformar. El método en la psicología comunitaria*. Buenos Aires: Paidós.
- Muñoz, Jacobo y Valverde, Julián (2000). *Compendio de epistemología*. Madrid: Trotta.
- Ortega y Gasset, José (1937/1983). Miseria y esplendor de la traducción. En José Ortega y Gasset, *Obras completas. Tomo V* (pp. 431-452). Madrid: Alianza.
- Páramo, Pablo y Otálvaro, Gabriel (2007). Investigación alternativa: por una distinción entre posturas epistemológicas y no entre métodos. En Francisco Osorio (Ed.), *Epistemología de las ciencias sociales. Breve manual* (pp. 13-23). Santiago de Chile: UCSH.
- Pérez Soto, Carlos (1998/2008). *Sobre un concepto histórico de ciencia. De la epistemología actual a la dialéctica*. Santiago de Chile: LOM.
- Potter, Jonathan (1996/2006). *La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Pujadas Muñoz, José (1999/2002). *El método biográfico: El uso de las historias de vida en Ciencias Sociales*. Madrid: CIS.
- Reason, Peter y Bradbury, Hilary (2008). *The SAGE Handbook of Action Research*. Londres: SAGE.
- Ricoeur, Paul (1990/2003). *El sí mismo como otro*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ricoeur, Paul (1983-1985/2004). *Tiempo y narración*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ricoeur, Paul (2004/2009). *Sobre la traducción*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodríguez, William (2003). Las historias de vida en la investigación. *Conciencia Activa*, 21(2), 113-140.
- Rorty, Richard (1972). The world well lost. *The journal of philosophy*, 69(19), 649-665.
- Rorty, Richard (1967/1990). *El giro lingüístico*. Barcelona: Paidós.
- Rorty, Richard (1979/2001). *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Rose, Nikolas (1998). *Inventing Ourselves: Psychology, Power and Personhood*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sisto, Vicente (2008). La investigación como una aventura de producción dialógica: La relación con el otro y los criterios de validación en la metodología cualitativa contemporánea. *Psicoperspectivas*, VII, 114-136. Extraído de

<http://www.psicoperspectivas.cl/index.php/psicoperspectivas/article/viewFile/54/54>

- Sutherland, Edwin (1937/1993). *Ladrones profesionales*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.
- Thatcher, Benjamin Bussey (1832/1860) *Indian biography. Or, a historial account of those individuals who have been distinguished among the North American natives as orators, warriors, statesmen and other remarkable characters*. Nueva York: Harper & Brothers.
- Thomas, William y Znaniecki, Florian (1918-1927/2006). *El campesino polaco en Europa y en América*. Madrid: CIS.
- Torres, Alfonso y Cendales, Lola (2006). La sistematización como experiencia investigativa y formativa. *La Piragua*, 23, 29-38
- van de Velde, Herman (2008). *Sistematización de experiencias: texto de referencia y consulta*. Nicaragua: CICAP-VOLENS.
- van Leeuwen, Teo (1996). The representation of social actors. En Carmen Rosa Caldas-Coulthard y Malcolm Coulthard (Eds.), *Text and practices: readings in critical discourse analysis* (pp. 32-70). Londres: Routledge.
- Wetherell, Margaret y Potter, Jonathan (1996). El análisis del discurso y la identificación de los repertorios interpretativos. En Ángel Gordo López y José Linaza (Comps.), *Psicologías, discursos y poder* (pp. 63-78). Madrid: Visor.
- Woolgar, Steve (1988/1991). *Ciencia: abriendo la caja negra*. Barcelona: Anthropos.
- Wright Mills, Charles (1959/2003). *La imaginación sociológica*. México: FCE.



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Usted es libre para Compartir —copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato— y Adaptar el documento —remezclar, transformar y crear a partir del material— para cualquier propósito, incluso comercialmente, siempre que cumpla la condición de:

Atribución: Usted debe reconocer el crédito de una obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace.

[Resumen de licencia](#) - [Texto completo de la licencia](#)